

Abre el corazón

Liz Fielding

Abre el corazón

Liz Fielding

2º Hermanos Grenville



Abre el Corazón (2009)

Pertenece a la Temática Seductores

Título Original: Wedded in a whirlwind (2008)

Serie: 2º Hermanos Grenville

Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2261
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Nick "Jago" Jackson, **y Miranda "Manda" Grenville**

Argumento:

Estaba perdida en una isla con un hombre que podría ser el amor de su vida.

Miranda Grenville era una superviviente, una belleza independiente y orgullosa. De vacaciones en una remota isla paradisíaca, se vio sorprendida por un terremoto y, atrapada bajo las ruinas de un antiguo templo, descubrió que no estaba sola: el arqueólogo Nick Jago estaba atrapado con ella.

En esa situación se vio obligada a depender de alguien, algo que iba contra su naturaleza, pero, a pesar de no querer confiar en él, empezó a sentir algo por aquel aventurero.

Capítulo 1

Miranda Grenville aguantó durante el doble bautizo, sujetando a cada niño por turno para hacer las promesas pertinentes mientras el vicario pronunciaba sus nombres.

Minette Daisy…

Jude Michael…

Estaba de pie con las felices mamás; primero con su cuñada Belle y, luego, con la hermana de Belle, Daisy, sonriendo mientras se hacían fotografías. Incluso ella misma hizo alguna.

Era, sin duda alguna, una ocasión feliz y Miranda no dejó de sonreír a pesar de las tumultuosas sensaciones que la destrozaban por dentro.

Aprender a controlar sus emociones había sido mucho más difícil que cualquier cosa que dijeran los libros; los libros eran fáciles. Pero cuando por fin el dolor se hizo tan profundo que esconderlo era fundamental para sobrevivir, encontró fuerzas en algún sitio.

No siempre había sido así.

Hubo un tiempo en el que no escondía nada, dejando sus

necesidades emocionales a la vista de todo el mundo. Había sido una dura lección, una que aprendió mirando a Ivo, su hermano. Pensaba que él era inmune, pero el poder de un amor que iba más allá de lo que podía comprender y la alegría de la paternidad habían roto la jaula de hielo que una vez contuvo a su hermano. Y ahora ella estaba sola, atada por el secreto que jamás le había contado a nadie, ni siquiera a su hermano.

De modo que sonrió para él en aquel día tan feliz. Aunque sabía que no iba a engañarlo, porque Ivo la conocía demasiado bien.

Ver que la observaba, ver su ansiedad por ella ensombreciendo sus ojos en el que debería haber sido el día más feliz de su vida le hacía sentirse como un espectro en la fiesta. Tenía que marcharse antes de que insistiese en hablar con ella y le hiciera la pregunta que podía ver en sus ojos.

«¿Puedo hacer algo?».

La repuesta era, tenía que ser: no. Ya había hecho más que suficiente. Él había sido su salvavidas, manteniéndola a flote incluso cuando estuvo a punto de hundirlo a él también.

Pero ahora era responsable de su hijo y ella tenía que cortar los lazos que los ataban, liberarlo por fin. Tenía que convencerlo de que ya no lo necesitaba, de modo que sonrió hasta que le dolía la cara, brindó por los niños, hizo fotografías con su móvil, probó el pastel…

Estaba a punto de derrumbarse cuando su cuñada anunció que tenía que dar de comer a Minette y Miranda decidió aprovechar la oportunidad.

—Belle, tengo que irme.

—¿Tan pronto? —preguntó su cuñada tomando su mano. No para retenerla, sino en un típico gesto suyo, lleno de un cariño que quizá Miranda no merecía.

Le había dolido la intrusión de la guapísima Belle Davenport en la vida de su hermano. La había odiado por ser la clase de persona que atraía a la gente, porque Ivo no podía vivir sin ella… y había hecho todo lo posible para que se sintiera incómoda.

Estúpida.

Ella, mejor que nadie, debería saber que una vez que Ivo le entregaba su amor a alguien, ese amor era intocable.

—Tengo que tomar un avión —le dijo—. Este mes he estado muy liada con la investigación para el documental sobre adopciones y he pensado tomarme unos días de vacaciones antes de empezar a

filmar.

Mientras Belle y Daisy estaban de baja por maternidad en la productora de televisión que dirigían las tres.

—Qué bien. ¿Vas a algún sitio interesante?

—A algún sitio sin teléfono —contestó Miranda, irónica.

El tono cáustico se había convertido en su marca de fábrica. Aunque lo de ir a algún sitio sin teléfono no era tan mala idea, pensó. Pero luego, cuando Minette buscó el pecho de su madre y empezó a chupar, la máscara se evaporó y tuvo que apartar la mirada.

—Dile a Ivo que me he marchado, ¿te importa? Y a Daisy.

—¿No vas a despedirte?

—Es mejor que me marche sin decir nada —Miranda se encogió de hombros—. Ya sabes cómo es mi hermano, querrá saber adonde voy y me hará prometer que lo llamaré por teléfono todos los días.

Una promesa que no podría cumplir.

Tenía que alejarse de todo. Dejarle su espacio para que disfrutase de su nueva familia. Escapar de un exceso de cariño e ir a algún sitio donde nadie la conociera, donde pudiera dejar de sonreír, estar furiosa, ser ella misma…

A punto de decir algo, su cuñada pareció cambiar de opinión y apretó su mano.

—Gracias, Manda.

—¿Por qué? Te prometo que pronto lamentarás haberme convencido para que fuese la madrina de Minette. Pienso darles a mis dos ahijados muy mal ejemplo.

Belle sacudió la cabeza, sonriendo.

—Gracias no sólo por ser la madrina de Minette, sino por ser tan encantadora con Daisy, por darle un trabajo, un propósito en la vida cuando más lo necesitaba.

—No lo habría hecho si ella no hubiera demostrado que valía.

Había ayudado a la hermana de Belle por su hermano, como una manera de compensar el daño que le había hecho. Aunque entendía a Daisy como Belle nunca podría entenderla. Porque ella había estado en el mismo lugar oscuro.

—Dile a Daisy de mi parte que ni se le ocurra dejar de trabajar. He pasado demasiado tiempo entrenándola como para que ahora nos

deje colgadas.

—Y gracias por no decir nada cuando Ivo vendió la casa —siguió Belle, que se negaba a no decir lo que quería decir—. Sé lo duro que eso debió de ser para ti.

Duro…

La mansión de Belgravia había pertenecido a su familia durante generaciones. Era un lugar para cenas y recepciones con políticos y empresarios que ella misma organizaba para su hermano. Esa casa había sido toda su vida… cuando no tenía una vida.

Belle, que odiaba la mansión desde el principio, no sabía lo difícil que había sido despedirse de aquella casa pero, aun con un nudo en la garganta, Manda mantuvo la sonrisa.

—Sería demasiado grande para una persona sola —le dijo—. Bueno, tengo que irme.

—Manda…

—Ahora mismo.

Miranda se dirigió a la puerta antes de que Belle hiciese alguna tontería, como abrazarla, por ejemplo. Antes de que las lágrimas que amenazaban con asomar a sus ojos rompieran la imagen de mujer fría que se había construido tan cuidadosamente durante esos años.

Nick Jago se sentó en un taburete y el camarero, un australiano de rostro curtido cuyo yate había quedado encallado en la costa de Cordillera diez años antes y nunca había encontrado energía para sacarlo, le sirvió una taza de café solo.

—Hacía tiempo que no venías por aquí.

—Sólo he venido a recoger el correo. Lo que llamáis civilización por aquí no me resulta nada interesante.

—Es posible que tengas razón, pero estando solo en las montañas no te enteras de las noticias —el hombre sacó un periódico inglés de debajo del mostrador—. He guardado esto para ti.

Jago miró la portada de una publicación barata que tenía el descaro de llamarse periódico. Otro político al que habrían pillado con los pantalones bajados. Otra familia destrozada.

—No, gracias, Rob. No estoy tan desesperado por leer algo.

—No es eso, hombre. Mira dentro, hay una fotografía que podría interesarte.

—Puedes quedarte con tus fotos de chicas guapas. Fliss volverá pronto y yo prefiero algo real.

—¿Estás seguro?

Nick se encogió de hombros. No estaba seguro de nada más que de la muerte y de los impuestos. Ah, y de que el adiós de Fliss había ido acompañado de un beso largo y profundo, mucho mejor que una promesa. Pero Rob parecía saber algo que él no sabía.

—¿Por qué tengo la impresión de que estás a punto de darme un disgusto?

—Odio ser el portador de malas noticias, amigo, pero me temo que tu Fliss podría tener otras cosas en mente —Rob abrió el periódico y le mostró un artículo a dos páginas—. «Sexo, esclavitud y sacrificios. Extractos exclusivos del sensacional diario de la hermosa arqueóloga Fliss Grant» —leyó en voz alta.

Jago, con la taza en los labios, la dejó lentamente sobre el plato.

¿Arqueóloga?

Fliss era una estudiante de postgrado que un día apareció en su excavación. Una voluntaria que trabajaba para adquirir experiencia. Había cientos de chicos como ella… Bueno, quizá no exactamente como ella. Pero eso no la convertía en arqueóloga, por muy ardientes que fueran sus besos.

Rob, bajo la errónea impresión de que quería seguir escuchando, siguió:

—«Descubra los secretos del desaparecido Templo del fuego en Cordillera. Regálese unas vacaciones en esa exótica isla paradisíaca y vea por sí mismo el altar de sacrificios…».

—¿Qué?

Jago le quitó el periódico.

Una mirada a la fotografía de una voluptuosa rubia, enseñando más carne de la que cualquier ayudante de arqueólogo normal debería enseñar, fue más que suficiente.

Aunque Fliss Grant no era normal en ningún sentido.

No había sabido nada de ella desde que se marchó de la isla al final de la temporada, cuando empezaron las lluvias, pero no lo había esperado. Además, no había cobertura para el móvil en las montañas.

Pero le daba igual, porque charlar con ella nunca había sido la atracción principal primordial y tenía muchas cosas para mantenerse ocupado.

En cuanto al servicio de correos de Cordillera… bueno, incluso si Fliss hubiera decidido escribirle, era una cuestión de suerte. Por eso, cuando se ofreció a llevarle una copia de los CDs que contenían sus diarios y fotografías a su editor, él se los dio sin pensarlo dos veces.

Jago miró la fotografía.

Los pantalones cortísimos, una gota de sudor estratégicamente colocada entre los pechos, los labios húmedos y la provocativa pose daban el tono de los diarios escritos por… *esta atrevida Indiana Jones femenina que se ha enfrentado con arañas, escorpiones y serpientes venenosas para descubrir los secretos del misterioso pasado de la isla.*

¿Escritos por ella?

Yo sabía que los templos estaban allí y decidí demostrarlo. Ahora podrán comprobar ustedes mismos lo que tuve que sufrir para descubrir la terrible verdad de ese altar de sacrificios.

—Dios mío, dame fuerzas —murmuró Jago, incrédulo.

Podría haber entendido la tentación de aprovechar esa oportunidad para ganar un montón de dinero con sus diarios, con su trabajo. Envuelto en sus ardientes muslos, incluso podría haberla perdonado. Pero había una fotografía de Fliss con Felipe Domínguez, el ministro de Turismo de Cordillera, saliendo de un club nocturno en Londres. Ella llevaba un vestido que dejaba poco a la imaginación y se miraban como sólo podían mirarse dos personas que se conocían íntimamente.

La cuestión era: ¿cuándo se habían conocido Fliss y Domínguez?

¿Habría sido un encuentro casual en una de sus excursiones al pueblo para comprar suministros? ¿La habría buscado Domínguez para hacerle una oferta que no pudiera rechazar?

¿O le habrían tendido una trampa desde el principio?

No era raro que un estudiante de Arqueología apareciese de repente, después de pagarse el viaje a la excavación, porque necesitaban experiencia de campo. Que Fliss Grant tuviese una boca y un cuerpo de pecado, que estaba más que dispuesta a compartir con él, sólo sirvió para que tenerla cerca fuese mucho más agradable.

No, decidió Jago. Aquello no había sido una casualidad. La velocidad a la que se habían publicado sus diarios sugería que era la culminación de un plan cuidadosamente ejecutado.

Fliss Grant, por lo visto, había «sufrido y sufrido» para conseguir sus diarios, sus notas, sus fotografías.

¿Y por qué le sorprendía? Las mujeres, según su propia experiencia, eran capaces de «sufrir» lo que hiciera falta para conseguir lo que deseaban.

Aunque seguramente no habría publicado sus investigaciones de manera literal, ¿para qué iba a molestarse? Aquella aventura publicitaria no tenía nada que ver con una beca.

Sin duda, algún «negro» pagado por Domínguez habría fabricado esa historia increíble utilizando notas sacadas de los diarios de la excavación, pero dándole el tono de una película de serie B.

Aunque, naturalmente, su nombre no se mencionaba por ninguna parte.

Por lo que decía aquel artículo, los lectores pensarían que Fliss había hecho la excavación ella solita, pero cualquiera con un poco de sentido común sabría que aquello era una tomadura de pelo.

Mientras leía un extracto sobre los «reveladores» ritos de los sacerdotes del antiguo templo pagano, Jago pensó que debería sentirse agradecido por que no mencionasen su nombre en aquella versión pseudo porno de la Historia, con sus imágenes sexuales grabadas en los muros de piedra. No, «las vírgenes desnudas», los «sacrificios humanos» y las connotaciones sexuales no eran algo que él hubiese firmado.

Pero en aquel momento era incapaz de sentir gratitud, porque aquella basura lo convertiría en el hazmerreír del mundo arqueológico.

Sin decir una palabra, Jago tomo una botella de coñac que Rob había empujado en su dirección y salió del bar.

Hacía un calor increíble. Ningún templo, por antiguo que fuera, merecía tanto sufrimiento, decidió Manda, pasándose el antebrazo por la frente para secar el sudor.

—Vamos, no se quede atrás —la llamó el guía—. Aún hay mucho que ver.

Evidentemente era nuevo en el trabajo y aún no había aprendido bien eso de la atención al cliente.

Como la rebelión en las filas era aparentemente impensable, el guía ni se molestó en comprobar que era obedecido y siguió por el camino en dirección a más ruinas, mientras todos los excursionistas lo seguían. Bueno, casi todos.

Manda no era obediente. Todo lo contrario. Y ya esta harta de aquella civilización perdida.

Negándose a dar un paso más, se dejó caer sobre una roca que alguien, mucho tiempo atrás, había empezado a tallar. Evidentemente había dejado la tarea a medias y, si había sido en un día tan caluroso como aquél, era comprensible.

Manda se inclinó hacia delante, desabrochándose la camisa de lino que no había sido diseñada para esos calores y moviéndola para que corriese un poco de aire.

La próxima vez que decidiera irse de viaje miraría con mucho cuidado dónde iba antes de tomar el avión. Cordillera, le habían asegurado cuando llamó a la agencia de viajes, iba a ser el próximo gran destino para turistas. Además, había visto en televisión a una arqueóloga pechugona que decía haber escrito un libro sobre cómo ella personalmente, y sin ayuda de nadie, había descubierto una antigua civilización en la isla, de modo que quizá fuera verdad.

Pero no era lo suyo; ella estaba más interesada en palmeras y arena blanca. Eso de «auténtico» era un eufemismo para disimular la falta de infraestructuras. Lo estaban intentando pero, por el momento, el hotel en el que se alojaba no era más que un bloque en construcción.

Pero había salido huyendo de sentimientos que la superaban, de modo que le daba igual dónde fuera. Y, por lo visto, el destino la había llevado allí.

A lo mejor el destino estaba gastándole una broma por su deseo de romper con todo. Y que fuera tan horrible era, de alguna forma, lo que se merecía.

Pero estaba tan aburrida en el hotel que se había dejado convencer por un representante de la Oficina de Turismo, deseoso de promocionar la isla, de que era un privilegio ser uno de los primeros en ver las ruinas. Una aventura de verdad. Algo que podría contarle a sus amigos cundo volviera a casa.

Manda no estaba totalmente convencida, pero le había parecido mejor que quedarse sola en el hotel con sus pensamientos como única

compañía.

Gran error, pensó, apartando un sudoroso mechón de pelo de la cara. Desgraciadamente, a cincuenta kilómetros del pueblo más cercano, en medio de una montaña, en el interminable laberinto de lo que le habían asegurado eran las ruinas de antiquísimos templos, era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Jago llevaba sentado en el altar de piedra lo que le parecían horas. Tenía en la mano la botella de coñac que Rob le había pasado, diciendo:

—Esto lo paga la casa, amigo.

Una estación más era todo lo que hubiera necesitado y luego, cuando llegasen las lluvias, habría vuelto a Londres para divulgar sus hallazgos en las publicaciones académicas. Y habría escrito un libro que nunca llegaría a la lista de los más vendidos. Allí no había nada lo bastante sensacionalista como para eso. Ningún tesoro, ninguna increíble revelación.

Él no estaba interesado en sensacionalismos ni en listas de libros más vendidos, nada que lo convirtiese en una celebridad. De haberlo querido, habría podido conseguirlo en los últimos quince años.

Lo único que él quería era alejarse de todo y perderse en el trabajo que tanto le gustaba.

Jago miró la botella que tenía en la mano y, por fin, le quitó el tapón.

Manda se quedó un rato donde estaba, sentada en la roca, contenta de esperar hasta que volviera el grupo mientras trazaba distraídamente con el dedo la figura medio esculpida en la piedra. Era la cabeza de un pájaro, un halcón o algo parecido. Entonces miró al cielo, medio tapado por la densa arboleda.

Cuando bajó del autobús junto con el patético grupo de turistas, una veintena de personas que se alojaban en el mismo hotel que ella y un grupo de empresarios a la espera de que despegase su avión, había visto un halcón en el cielo, con las alas extendidas e inmóviles, moviéndose con la corriente de aire mientras buscaba una presa.

Volvió a mirar el cielo, ahora teñido de rosa, pero el halcón

había desaparecido… y el bosque estaba maravillosamente silencioso. Ya no podía oír la voz del guía señalando los detalles que los turistas debían admirar con entusiasmo cuando, la verdad, lo único que querían era volver al hotel para tomar algo fresco.

Manda tomó un sorbo de la botella de agua que llevaba en la mochila y luego, preguntándose cuánto tiempo más tendría que soportar ese «privilegio», miró su reloj.

¿Las tres de la tarde? ¿Nada más?

El color rosado del cielo parecía indicar que era más tarde. Manda miró hacia el camino que habían tomado sus compañeros, pensativa. La noche caía con asombrosa rapidez en aquella parte del mundo y aguzó el oído por si escuchaba algo que indicase su inminente regreso.

Nada. Los pájaros se habían quedado en silencio, los insectos habían cesado en su incesante revoloteo, como si también ellos estuvieran escuchando.

El absoluto silencio que un minuto antes le había parecido tan acogedor ahora le parecía extrañamente inquietante. Y, de repente, sintió que se le erizaba el vello de la nuca, como si estuviera siendo amenazada por un peligro invisible. Era una sensación… como si la propia tierra estuviera conteniendo el aliento.

—¡Espere! —gritó de repente—. ¡Espéreme!

Había corrido unos veinte metros cuando perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse a un árbol, medio mareada, mirando el suelo que parecía estar abriéndose bajo sus pies.

Hojas y residuos empezaban a caer sobre su cabeza… y dejó escapar un grito cuando algo pesado la golpeó en el hombro antes de caer al suelo. Era una araña enorme y, por un momento, se miraron, las dos igualmente confusas por el extraño comportamiento de la tierra. Luego el árbol al que estaba agarrada empezó a sacudirse y Manda se olvidó de la araña.

Intentaba agarrarse al grueso tronco con todas sus fuerzas, incapaz de concentrase en nada más que en la absoluta necesidad de permanecer de pie mientras la tierra temblaba.

Si dejase de temblar, volvería por el camino hacia el autobús para esperar a los otros.

Pero no paró.

Al contrario, las sacudidas aumentaron hasta que el suelo bajo sus pies pareció levantarse en grandes y ondulantes olas y el árbol al

que estaba agarrada empezó a inclinarse.

Manda siguió agarrada, viendo cómo el bosque se zarandeaba ante sus ojos como el océano en una tormenta. Entonces, cuando se dio cuenta de que el tronco no iba a salvarla, se tiró al suelo… un segundo antes de que el árbol, con sus raíces y la tierra a la que estaban sujetas, cayese como una piedra.

Fue entonces cuando empezó a gritar con todas sus fuerzas.

Sabía que estaba gritando porque, aunque el rugido de la tierra abriéndose a su alrededor ahogaba cualquier otro sonido, podía sentir la vibración en la garganta.

Tumbada en el suelo, con las manos sobre la cabeza y los ojos cerrados, gritó:

—¡No, por favor! ¡Para, para de una vez!

Entonces el suelo cedió bajo sus pies y Manda sintió que caía… hacia el abismo.

Capítulo 2

Manda no sabía qué hora era o cuánto tiempo había estado tumbada sobre la fría piedra. Pero, afortunadamente, la tierra había dejado de temblar.

Después de unos segundos levantó la cabeza y empezó a tocarse para ver si se había roto algo. Tenía los dedos doloridos y se había dado un golpe en la parte de atrás de la cabeza. Nada importante, pensó. Y parecía estar bastante lúcida.

Lo suficiente como para saber que había sobrevivido a un terremoto.

Lo suficiente como para saber que sobrevivir a la catástrofe inicial podría no ser suficiente. Estaba sola, separada del resto del grupo…

Manda apoyó la cabeza en el suelo y se quedó inmóvil un momento, sabiendo que debería moverse, gritar, hacer algo para alertar a los demás de su presencia.

En un momento.

Lo haría en un momento.

Estaba absolutamente oscuro. No había estrellas, ni luna, ni una sola luz. ¿Sería eso normal después de un terremoto?, se preguntó, mientras intentaba recordar lo que había pasado.

La tierra había empezado a temblar y, el camino, a abrirse ante sus ojos. Se recordaba a sí misma agarrándose a la tierra con los dedos mientras empezaba a caer…

Sintió un sudor frío al revivir ese momento de terror, mientras se veía arrastrada por un torrente de tierra y piedras.

Y entonces se dio cuenta de lo que significaba eso. Entendió por qué no había un cielo sobre su cabeza.

Había caído en una gruta, una cavidad. ¿En alguno de los antiguos templos? Quizá en uno que aún no había sido excavado. O descubierto siquiera.

Estaba bajo la tierra. Enterrada. Encerrada en…

El pánico la dejó sin aliento. Gritó sin emitir sonido alguno y, aunque el instinto le decía que intentara levantarse, que empezase a excavar como fuera, era incapaz de moverse.

Conocía esa sensación: la claustrofobia. El deseo desesperado de escapar como fuera.

Había pasado por eso antes.

Manda tragó saliva, haciendo un esfuerzo para concentrarse en respirar.

Inhalar: uno, dos, tres…

Se dio cuenta de que no era igual a la vez anterior.

Exhalar: uno, dos, tres…

El otro había sido un encierro mental. Había estado confinada en la oscuridad de su mente.

Inhalar: uno, dos, tres…

Aquello era físico.

Tenía que hacer algo, salir de allí con sus propias manos si hacía falta, se dijo. Aunque aguzaba el oído desesperadamente para escuchar el consuelo de alguna voz, sonido de pasos, piedras moviéndose. Una promesa de que había alguien allí, una mano en la oscuridad.

Pero no había nada. Sólo un silencio pesado como una losa. Sólo los apresurados latidos de su corazón.

Por un momento perdió el ritmo de la respiración y buscó aire de golpe cuando empezó a sentir que se ahogaba.

No podía dejar que el pánico se apoderase de ella. Sería una pérdida de energía, una pérdida de tiempo. Y si ella había aprendido algo era cómo controlar su cuerpo, sus emociones.

«Respira».

Después de eso podría intentar controlar la situación y decidir qué debía hacer. Aquél era el momento de poner en práctica lo que había aprendido: bloquear las emociones, concentrarse en lo que tenía que hacer, trazar un plan y llevarlo a cabo. Si sucumbía al terror…

Pero era más fácil pensarlo que hacerlo.

Mantener el control era fácil cuando uno tenía el mando, cuando era uno mismo quien dirigía la situación. Pero hacía mucho tiempo que no había tenido que depender exclusivamente de sí misma.

En la oscuridad metafórica.

Al menos aquella oscuridad era real. Aunque eso no era ningún consuelo. Estaba a muchos kilómetros de cualquier sitio y, aunque el

grupo pudiese llegar al pueblo y empezaran a buscarla, tardarían mucho tiempo en llegar.

Manda intentó no pensar eso.

No debía pensar eso.

«Respira, respira». El aire, al menos, era fresco. Por el momento.

Intentó tragar, pero tenía la boca tan seca que le resultaba imposible. Había agua en su mochila, pensó. Tenía que encontrarla como fuera. Tenía que hacer algo para seguir viva porque era demasiado pronto para que fuesen a recatarla.

Si quería salir de allí, lo importante era mantener la calma.

Manda aguzó el oído.

El silencio era tan denso que casi le pesaba. Y, de nuevo, tuvo que concentrarse en algo… en su vida diaria. En las cosas buenas.

Ivo y Belle.

Daisy.

Sus preciosos ahijados.

Al menos su hermano no sabía dónde estaba. No estaría pegado a la televisión, escuchando las noticias muerto de miedo. Ivo no tomaría un avión para ir a buscarla…

No, eso no la ayudaba nada. Necesitaba que alguien moviera cielo y tierra para sacarla de allí.

Pero eso no iba a pasar.

Había roto con todo, había querido demostrar que era capaz de arreglárselas sola.

«Buen momento, Manda».

Quizá debería intentar incorporarse, explorar lo que la rodeaba. A lo mejor podía encontrar una salida.

Sola en la oscuridad, era como si de repente se hubiera quedado sorda y muda. Levantó una mano, pero no pudo verla hasta que estuvo justo delante de sus ojos. E incluso entonces no supo con seguridad si podía verla o si su cerebro le estaba enviando una imagen de lo que sabía que estaba allí.

Nunca había estado en tan absoluta negrura; la clase de oscuridad que hacía que una noche sin luna en lo más profundo de Norfolk pareciese un día soleado.

Quizá, pensó, sintiendo una oleada de pánico, se hubiera

quedado ciega por el golpe. O sorda. O las dos cosas. A lo mejor se había golpeado la cabeza con más fuerza de la que imaginaba y había perdido esos preciosos sentidos. Quizá hubiera estado inconsciente durante horas…

En un repentino y desesperado deseo de convencerse de que no era así, gritó:

—¡Socorro!

Su voz hizo eco y reverberó una y otra vez hasta que tuvo que taparse los oídos.

No se había quedado sorda, evidentemente.

Sólo estaba a oscuras, nada más. Podría ser su peor pesadilla, pero no estaba a punto de despertar para encontrar a Ivo a su lado. Esta vez no.

Belle no apretaría su mano.

Daisy no iba a sonreírle, diciendo algo que le hiciera soltar una carcajada.

Un gemido escapó de su garganta y, de repente, esa preciosa lucidez no le pareció tan buena.

Si estuviera mareada o medio inconsciente, su memoria no sería tan dolorosamente aguda. Estando confusa, no se daría cuenta de cuál era su situación.

El miedo, un miedo auténtico, paralizante, empezó a ahogarla. Separada de sus compañeros, nadie sabría dónde estaba…

—¡Cállate, Manda! —se ordenó a sí misma. Y luego se preguntó si hablar sola era buena o mala señal.

Pero, pasándose una mano por el brazo, decidió ahuyentar al miedo pensando en otra cosa.

Debía intentar descifrar dónde estaba exactamente.

Muy bien.

Estaba en medio de un bosque en las montañas, de modo que la lógica sugería que ahora estaría enterrada bajo toneladas de tierra y vegetación. Pero no era así, porque de ser así estaría muerta.

En lugar de eso estaba en un sitio oscuro que hacía eco, lo cual quería decir que había caído en alguno de los templos.

Manda intentó recordar cuál había sido el último templo que visitaron antes de rebelarse contra el guía, pero la oscuridad la

confundía, bloqueando sus pensamientos.

Si pudiera ver algo…

—Déjalo ya, Miranda Grenville —se dijo a sí misma.

Muy bien, no podía ver nada. Podría ser peor.

Podría estar muerta. Además, había millones de personas que vivían todos los días en esas condiciones y, si ellos podían adaptarse, ella también podría soportarlo.

Sus ojos se adaptarían a la oscuridad.

Lograría salir de allí aunque…

Manda se detuvo antes de que la frase llegase a su inevitable final: aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

No tenía sentido tentar a la suerte. El destino, evidentemente, no estaba de su lado aquel día.

Tenía que tratar aquello como si fuera un problema de organización, el tipo de problema que había solucionado para Ivo continuamente antes de crear una productora de televisión con Belle y Daisy, demostrándose a sí misma, y a todo el mundo, que ya no necesitaba la ayuda de su hermano.

Salvo que, por el momento, sólo habían producido un programa y sin Belle…

No, Belle era brillante delante de una cámara, pero había sido ella quien lo organizó todo. Eso era lo que hacía. Que alguien le diera un objetivo, un proyecto, y se ponía a trabajar día y noche. Y de ese mismo modo iba a salir de allí.

«¡Respira!».

Uno, dos, tres…

«¡Levántate!».

Lo que le pareció una tonelada de polvo cayó sobre su cara cuando por fin consiguió sentarse. Tosiendo para llevar aire a sus pulmones, Manda buscó la mochila con las manos. Debía de haber caído con ella en el agujero aunque, evidentemente, no estaba a su lado.

Le dolían las rodillas, un hombro, los dedos…

Dejó de hacer inventario mental de todo lo que le dolía porque, en general, le dolía todo el cuerpo y, en lugar de eso, se felicitó a sí misma porque no parecía tener ningún hueso roto. Aunque aún no

había intentado levantarse. Movió los dedos de los pies… Bien, ningún problema.

Por lo visto, estaba teniendo suerte.

Lo último que recordaba era el suelo levantándose y moviéndose hacia un lado, tirándola al agujero como si fuera una bolsa de basura, pero al menos estaba de una pieza y era capaz de moverse.

«Comprueba lo que hay a tu alrededor».

Moviendo los brazos, empezó a buscar la mochila. Ésa era una prioridad. Necesitaba la botella de agua.

No tuvo suerte.

Con cuidado, se puso de rodillas y luego se incorporó del todo, levantando las manos para ver si tocaba el techo, parpadeando rápidamente como si de ese modo pudiese aclarar su visión.

En realidad, empezaba a ver algo… ¿o esas sombras eran un truco de su imaginación?

Tragó saliva mientras daba un paso adelante con las manos extendidas… y dejó escapar un grito cuando tocó algo. Su corazón palpitaba como loco.

Frío, duro. Era una pared.

Cuando por fin su corazón volvió a latir a un ritmo normal, siguió dando un paso tras otro, con cuidado. Creía estar en uno de los templos, estaba casi segura. Recordaba haber visto una entrada realmente impresionante, pero el guía pasó a toda prisa, advirtiéndoles que «no era seguro».

En ese momento a Manda no se le ocurrió preguntar por qué, sencillamente le agradecía que le hubiese ahorrado otra aburrida visita. Pero, antes de seguir adelante, le había parecido ver herramientas, una mesa de trabajo…

Esas herramientas le serían de mucha ayuda en ese momento. Y si había alguien trabajando allí, presumiblemente encontraría una lámpara, agua…

Intentó no pensar qué pasaría si no encontraba su mochila con la botella de agua. Tenía que encontrarla.

De vez en cuando sus dedos rozaban piedras esculpidas. Protegidas de los elementos y del paso del tiempo entre los muros del templo, las imágenes eran tan nítidas como el día que alguien las talló siglos atrás; lo sabía porque había visto muchas antes de abandonar el grupo. Y su cerebro, privado de luz, empezó a crear imágenes de esas

extrañas criaturas para llenar el vacío.

A la luz de la linterna del guía le habían parecido ligeramente siniestras.

En la oscuridad, su imaginación amplió la amenaza y Manda empezó a temblar.

«Tonta, tonta».

«Concéntrate, respira».

Contó los pasos hasta la pared: dos, tres, cuatro… Su mente se negaba a cooperar y se dedicó a pensar en sus compañeros. ¿Habrían sobrevivido? ¿Estarían siendo rescatados en ese mismo instante? ¿Se darían cuenta de que faltaba ella?

Uno de los hombres había estado mirándola con mucho más interés del que ponía en las ruinas. A lo mejor él alertaba al equipo de rescate. Si había un equipo de rescate.

Si había algún superviviente.

Esa idea volvió a llenarla de miedo y tuvo que apoyarse en una de las paredes, temblando.

No tenía sentido pensar esas cosas tan negativas. Tenía que controlarse, hacer lo que pudiera para sobrevivir. Pero cuando estaba intentando convencerse, el muro empezó a temblar.

—¡No!

No sabía si estaba gritando de verdad o era sólo en su mente, pero una fuerte sacudida la apartó de su ilusoria protección.

Manda se encontró en el suelo, de rodillas. De nuevo, lo que parecía una tonelada de polvo cayó sobre su cabeza y tuvo que abrir la boca para buscar un poco de aire. Por un momento estuvo segura de que iba a asfixiarse y, aterrorizada, dejó escapar un alarido.

Y fue entonces cuando, en medio de la oscuridad, unos dedos rodearon su brazo.

—Por el amor de Dios, mujer, cállese.

Capítulo 3

Jago parecía tener la resaca de su vida, lo cual era raro. Emborracharse habría sido algo normal tras el descubrimiento de que Fliss había estado utilizándolo. Y, desde luego, tenía los medios para hacerlo gracias a Rob. Pero en el último momento decidió que ya había soportado suficiente castigo por un día.

O quizá lo estuviera imaginando porque no había la menor duda de que, en aquel momento, estaba tirado en el suelo, con la cara apretada contra una fría piedra. Y ésa no era una buena señal.

Además, le dolía todo el cuerpo; sobre todo la cabeza, donde un incompetente pero entusiasta batería estaba usando su cráneo para practicar.

Podría haberle dicho que parase, pero abrir la boca sería un esfuerzo insoportable.

Ése era el problema de beber para olvidar. Aunque parecía una buena idea cuando lo estabas haciendo, desgraciadamente era un estado temporal… a menos que siguieras bebiendo, claro.

Recordaba haber pensado eso después de tomar el primer trago y luego…

Luego, nada.

Por la mañana lamentaría no haber hecho el esfuerzo de entrar en la tienda de campaña, pero ¿qué más daba un error más?

Lo que necesitaba en aquel momento era agua y movió los brazos alrededor, esperando encontrar una botella. Una aspirina también le iría bien, pero eso tendría que esperar hasta que se hubiera recuperado un poco.

Encontró tierra y piedrecillas por el suelo…

¿Piedrecillas?

¿Dónde demonios estaba?

Jago arrugó el ceño, algo que lamentó inmediatamente porque el gesto aumentó el dolor de cabeza. Y no había que ser un genio para saber que, si un simple gesto provocaba tal dolor, cualquier movimiento sería desaconsejable.

Cerró los ojos y, por un momento, el dolor desapareció. Pero sólo un momento. El suelo, por lo visto, estaba en su contra y se

negaba a dejarlo en paz, sacudiéndolo como un perro sacudiría un hueso. Y por si eso no fuera suficiente, había una mujer histérica gritando prácticamente en su oído.

Al alargar la mano de nuevo, conectó con una piel suave y firme y se preguntó, sin mucho interés, quién sería. Antes de gritarle que se callara.

Y, afortunadamente, la tierra había dejado de moverse.

Jago volvió a apoyar la cara en el suelo.

—¿Hola?

La voz de la mujer, ahora que había dejado de gritar, sonaba un poco ronca, atemorizada. Y el ligero temblor podría enganchar al idiota que no supiera que ninguna mujer era así de vulnerable. Aunque él no era inmune. Al contrario. Se encontraba fatal, pero aun así su cuerpo reaccionó en respuesta a esa voz femenina en la oscuridad.

Estaba siendo muy optimista.

Un gruñido era, por el momento, el límite de sus ambiciones, pero hizo un esfuerzo por abrir los ojos y levantar la cabeza unos centímetros para echar un vistazo.

Abrir los ojos no sirvió de nada, descubrió, pero como la luz sólo habría aumentado su dolor de cabeza, casi agradeció la oscuridad.

—Déjeme en paz.

Después de decir eso cerró los ojos de nuevo y volvió a apoyar la cabeza en el suelo.

—¿Quién es usted? —preguntó ella. Podía estar nerviosa, pero era muy perseverante—. ¿Está herido?

—Terminal —contestó él—. En cuerpo y alma. No hay salvación para mí, así que hágame un favor: váyase y déjeme en paz.

Naturalmente, siendo una mujer, hizo exactamente lo contrario: acercarse para tocar su hombro, su cuello. Estaba tomándole el pulso, se dio cuenta. La tonta lo había tomado en serio.

Aparentemente satisfecha de que no estuviera muerto y, a pesar de sus protestas, puso una mano sobre su cara. Aunque, si era sincero consigo mismo, debía admitir que el roce le resultaba muy agradable.

—¿Quién es usted? —insistió con voz más fuerte después de comprobar que estaba de una pieza. De hecho, lo había preguntado como si exigiera una respuesta inmediata.

El roce ya no era tan agradable.

Jago no se molestó en contestar, pero ella no se rindió, al contrario, se acercó más, llevándole el aroma de su piel.

—¿Se encuentra mejor?

Estaba recibiendo mensajes contradictorios de aquella mujer, pero mientras siguiera hablando en voz baja podría soportar el numerito de la enfermera.

—¿Estaba usted en el autobús?

Jago suspiró.

Ese era el problema con las mujeres: no se contentaban con hacer el papel de ángel caído del cielo. Tenían que hablar. Peor, insistían en recibir respuestas.

—¿Es que no habla mi idioma? —gruñó, apartando su mano.

Pero ella volvió a ponerla sobre su frente y el gesto parecía sugerir que, en su opinión, no estaba bien de la cabeza. Definitivamente, una pesada… aunque tenía unas manos muy suaves; las manos de alguien que cuidaba mucho de su apariencia.

No podía ser una estudiante de Arqueología. Al menos eso era algo a su favor. Ni siquiera Fliss, que solía ponerse cremas por todo el cuerpo, invitándolo generosamente a colaborar en la tarea, había podido evitar que le salieran callos en las manos.

Pero era una mujer y eso cancelaba todos los puntos a su favor. Incluyendo ese dulce aroma suyo en el que un hombre, si era tonto, podría perderse.

—A ver, lea mis labios: váyase.

—No puedo leer sus labios —replicó ella, enfadada.

Y no se movió.

Al contrario, dejó caer un poco la cabeza y su pelo rozó la cara de Jago… que reconoció enseguida el aroma: romero.

Olía a romero.

Su madre había plantado unas matas de romero en la entrada de su casa por alguna superstición. Pero las matas se habían hecho tan grandes que las rozaba cada vez que pasaba con la bicicleta.

Aquella mujer usaba un champú de romero y eso le hizo recordar cosas que había creído olvidadas muchos años atrás.

—¿Puede moverse? —le preguntó—. ¿Dónde le duele?

—Lo que me duele es la cabeza por su culpa. Supongo que no se habrá encontrado una botella por ahí.

—¿Una botella? ¿Va a decirme que está borracho?

No, más bien no. A pesar del dolor de cabeza, Jago estaba pensando con demasiada claridad como para estar borracho, pero decidió no discutir. Si la mujer pensaba que estaba borracho, a lo mejor lo dejaba en paz.

—No lo suficiente —replicó, levantando una mano y moviéndola alrededor hasta conectar con algo que era, evidentemente, un pecho femenino. Más bien tirando a pequeño, pero firme.

Sola en la oscuridad, Manda había pensado que las cosas no podían ir peor hasta que sintió el roce de unos dedos. Era la pesadilla nocturna de cualquier niño, la más horrible escena de terror en las películas de miedo que ella veía con los ojos medio cerrados.

Y luego había hablado. Afortunadamente, hablaba su idioma y saber que no estaba sola, que había otra persona con ella en esa horrible oscuridad, alguien con quien compartir la pesadilla, había sido un alivio increíble.

Tanto que tuvo que contenerse para no lanzarse en los brazos de quien creyó por un momento su salvador. Porque el alivio, evidentemente, había sido prematuro.

En lugar de estar encarcelada con un valiente caballero errante, había tropezado con un bobo decidido a matarse bebiendo al que las fuerzas de la naturaleza habían ayudado.

—Me parece que ya ha bebido suficiente.

—En un momento como éste no hay suficiente alcohol en el mundo, señora. A menos, claro, que esté dispuesta a ofrecerme alguna otra alternativa.

Por si acaso no había entendido la indirecta, Jago, con una desvergüenza sorprendente, rozó su pecho con un dedo. Y luego, seguramente porque ella no protestó de inmediato, volvió a hacerlo.

Cuando Manda logró reunir aire suficiente para decir algo… no supo qué decir. En la oscuridad, el calor de otro ser humano no le había parecido una intrusión, al contrario. Le había parecido una promesa de vida.

Sólo era el instinto, se dijo a sí misma. Una respuesta humana normal en una situación de peligro.

—No, gracias —dijo por fin, apartando su mano.

—Como usted quiera. Pero si cambia de opinión, dígamelo.

De repente, Manda echó de menos esa mano sobre su pecho. Quería sentirla allí.

Nada había cambiado, por lo visto. Bajo la dura capa protectora que se había construido, seguía siendo tan débil y tan necesitada como siempre.

—Lo que me gustaría es que me dijera cómo podemos salir de aquí.

—¿Y por qué voy a hacer eso? A mí me gusta estar aquí. Claro que me gusta más cuando estoy solo.

—En ese caso, sugiero que se quede donde está hasta que se le caiga el resto del templo encima. Entonces estará solo… hasta que algún arqueólogo descubra sus huesos en otros dos mil o tres mil años.

Jago tuvo que reír ante la ironía.

—Es una idea interesante, señora, pero como no soy el mayordomo, tendrá que buscar la salida usted solita. Aunque si encuentra esa botella, sería un acto de caridad…

—Olvídese de la maldita botella —lo interrumpió Manda, indignada—. Puede que no se haya dado cuenta, pero aquí no se ve absolutamente nada.

—Es de noche —murmuró él, haciendo por fin un esfuerzo para sentarse—. Y ahora sí que necesito un trago.

—Sólo un borracho necesita un trago. ¿Es usted un borracho?

—No, aún no. Para eso hace falta práctica, pero deme tiempo y…

La chica tenía razón, estaba muy oscuro. En el nivel más bajo, la luna llena iluminaba directamente el altar del templo. Pero incluso en las noches sin luna las estrellas servían de cúpula…

Aunque parpadeaba rápidamente daba igual; no veía absolutamente nada. Cuando su mente empezó a aclararse un poco, se dio cuenta de que allí pasaba algo muy raro. La oscuridad, el polvo…

Jago se llevó una mano a la frente en un intento de apaciguar al batería.

—¿Qué día es hoy?

—Lunes.

—¿Sigue siendo lunes?

—Creo que sí. No sé durante cuánto tiempo perdí el conocimiento, pero no creo que haya sido mucho.

Él apoyó una mano en la pared más cercana.

—¿Ha perdido el conocimiento? —le preguntó—. ¿Qué le ha pasado?

—Imagínelo usted mismo.

Estaba a punto de levantarse cuando su mano, moviéndose en el aire en dirección hacia la voz femenina, conectó con una pierna. Ella dejó escapar un grito.

—¡Cállese! Me duele la cabeza y no puedo pensar con tanto ruido.

—Pobrecito —la chica tiró para soltarse, propinándole una patada en el muslo.

Como respuesta, Jago tiró de la otra pierna. Un error, porque acabó cayéndole encima.

Manda consideró por un momento la idea de darle otra patada, pero decidió no hacerlo. Tenían que dejar de discutir y empezar a portarse como dos adultos sensatos que se encontraban en una situación de peligro.

—Póngase cómoda —bromeó él, tomándola por la cintura.

Manda se agarró a lo que pudo. Y «a lo que pudo» fueron unos hombros impresionantes que…

¿En qué estaba pensando?

—¿Quién es usted?

—¿Quién es usted? —replicó él—. ¿Y qué está haciendo aquí?

—Yo he preguntado primero.

En el silencio que siguió a esa frase, se le ocurrió que, fuera cual fuera la provocación, enfadar más a aquel hombre que era su única compañía no sería buena idea.

Esos hombros tan anchos serían de utilidad y era evidente que sus posibilidades de salir vivos de allí aumentarían si se ponían de acuerdo.

—Bueno, vamos a ver… parece que hemos empezado con mal pie —empezó a decir—. Me llamo Miranda Grenville y estoy aquí de vacaciones.

—¿En Cordillera? ¿Está usted loca?

Ella apretó los dientes.

—Podría ser. Cordillera tiene posibilidades como destino de vacaciones pero, por el momento, ninguna de ellas está bien explotada.

—No se preocupe, tienen eso de la explotación bien cubierto.

—Pues no se nota. Y a los turistas no les gusta mucho que haya terremotos.

—En ese caso, debería haber ido a un sitio más seguro. Vaya a Bournemouth la próxima vez.

—Gracias por el consejo. Lo tendré en cuenta si hay «una próxima vez». Mientras tanto, como estoy aquí…

—¿Y qué hace aquí?

—No lo sé. Ha habido un terremoto mientras usted dormía la… —«amable, Manda, sé amable»— lo que estuviera haciendo. Y espero que me ayude a averiguar cómo podemos salir de aquí.

Hablaba con calma, pausadamente. Tener que lidiar con un idiota hacía que olvidara sus miedos, por lo visto.

—¿Ha habido un terremoto?

—Oh, cielos, por fin lo entiende —suspiró.

—¿Y qué demonios hacía usted en Cordillera en medio de un terremoto?

Manda puso los ojos en blanco; claro que él no podía verlo.

—Se lo contaré si usted me dice a quién se le ocurre emborracharse en un templo antiguo en medio de las montañas.

A pesar del dolor de cabeza, Jago tenía que admitir que aquella chica era divertida.

¿Había empezado a beber cuando salió del bar de Rob?, se preguntó. ¿Se habría ligado a la turista y la habría llevado allí?

No, imposible, no podía ponerle cara a esa voz.

—¿Nos conocimos en el bar de Rob?

—¿Qué Rob?

—Supongo que eso contesta a la pregunta.

—¿Es que no se acuerda?

—Si me acordase no le preguntaría.

Todo lo que pasó después de que Rob le ofreciese la botella de coñac era un borrón, pero entonces no estaba de humor para ligar con nadie. Claro que él era el primero en admitir que no pensaba con mucha claridad en ese momento.

Si dejase de dolerle la cabeza… Tenía que concentrarse.

Recordaba vagamente haber ido en el jeep hasta la montaña, de peor humor que los dioses paganos que guardaban el templo. Pero cuando llegó a la excavación estaba solo.

¿Qué hacía esa chica allí? Como no podía verla sólo tenía una vaga impresión de ella: un poquito delgada, pero con un pelo que olía a inocencia infantil.

Jago decidió dejar de pensar.

Las mujeres eran unas mentirosas y ya estaba harto de aquel género egoísta y traicionero.

Suspirando, se pasó una mano por la cabeza y, al hacerlo, topó con un doloroso hematoma en la frente. Y notó el húmedo roce de algo que sólo podía ser sangre.

De modo que el dolor de cabeza era debido a una colisión con algo duro y no a los efectos del coñac de Rob. A menos que se hubiera caído del catre que tenía en la excavación…

Jago parpadeó. La falta de luz empezaba a irritarlo. Quería ver a aquella mujer. ¿Sería otra estudiante mochilera? De ser así, había elegido el día equivocado para buscar experiencias.

—Muy bien, no ligué con usted en un bar —dijo por fin—. ¿Entonces…?

—No ligó conmigo en ningún sitio —respondió ella, despacio, como si hablase con alguien que no conocía su idioma—. Soy muy exigente en cuanto a la gente con la que me relaciono.

«A la gente con la que me relaciono», qué fina.

—¿Ah, sí? Vaya, perdone —murmuró Jago, irónico—. ¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

—En autobús.

Tuvo que sonreír al imaginar a aquella chica tan estirada compartiendo uno de los autobuses de la isla con cabras y gallinas.

Pero, aparentemente, ella no compartía su sentido del humor.

—¿De qué se ríe?

—De nada, de nada. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Miranda Grenville. Mis amigos me llaman Manda, pero como no tengo intención de volver a verlo cuando salgamos de aquí, será mejor que me llame Miranda.

—Como tú quieras. Yo soy Jago —dijo él.

Grenville… ese apellido le resultaba familiar, pero no reconocía la voz. Quizá si viera su cara… Podría encender una cerilla, pero era demasiado esfuerzo. A pesar de su deseo de verla, no estaba listo para algo tan resplandeciente.

—Pues nada, no sé. No recuerdo dónde nos conocimos.

—Es que no nos conocemos.

—Puede que yo sea un poco descuidado, señora…

—Deja de llamarme señora, me llamo Miranda.

—Puede que yo sea descuidado sobre algunas cosas, Miranda, pero no suelo invitar a extrañas a tomar el té.

—¿Y por qué será eso? —replicó ella, irónica—. ¿Temes que te roben la cubertería de plata?

Jago giró la cara hacia ella, atónito.

—¿Quién eres tú? ¿Qué eres tú?

Capítulo 4

Buena pregunta, pensó Manda. La gente con la que vivía y trabajaba podría responder de muchas maneras, todas ellas equivocadas.

—¿Eso importa? Prometo no salir corriendo con las cucharillas —contestó.

Hacía mucho tiempo que tomar el té no era parte de las actividades sociales del tal Jago, pensó. Pero aunque pelearse en la oscuridad con un desconocido podría haber sido divertido en otro momento, Manda decidió que ya estaba harta. Estaba harta de la oscuridad, harta de tener miedo, harta de él.

—Mira, déjalo. Dime cómo puedo salir de aquí y estaré encantada de dejarte en paz.

—Tú llegaste aquí, ¿no? Pues sólo tienes que desandar el camino —replicó él, irritado—. Y no olvides cerrar la puerta.

—¿Quieres mirar alrededor de una vez? —le espetó Manda, furiosa—. No hay ninguna puerta.

Jago dejó escapar un gemido.

¿Por qué, cuando había tantas cosas maravillosas en el mundo, Dios había elegido a las mujeres como el sexo opuesto?

—El tiempo y las hormigas blancas han hecho su trabajo —admitió—, pero hablaba metafóricamente. La entrada, la abertura, el acceso, elige lo que quieras.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Te ha caído una piedra en la cabeza? ¿O es que has bebido tanto que has perdido el sentido común?

—Ése era el plan —contestó él, esperando que por fin lo dejase en paz—. Pero parece que no ha funcionado. ¿Cómo has llegado aquí? Esta es una zona restringida.

—¿Para quién?

¿Para quién? Jago se pasó una mano por la cara.

—Para todo el mundo salvo para mí, Miranda Grenville. Y tú no estás invitada.

—No habría venido aunque me hubieras invitado. No me apetece nada estar aquí, pero me temo que tendrás que ponerte a la

cola para enviar tus quejas a la autoridad competente.

—¿Ah, sí? ¿Y qué autoridad es ésa?

—La madre naturaleza. Yo sólo estaba en el camino, pensando en mis cosas, cuando el suelo se abrió bajo mis pies. Como ya creo haber mencionado, ha habido un terremoto.

—¿Un terremoto? —Jago frunció el ceño—. ¿Un terremoto de verdad?

—A mí me pareció muy real.

—¿No sólo un temblor?

—No, nada de eso. Estuve en Brasil el año pasado cuando hubo un temblor y te aseguro que no se parecía nada a lo que acaba de ocurrir aquí.

Jago sacó una caja de cerillas del bolsillo de la camisa. El brillo lo cegó un momento, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la luz se quedó momentáneamente sin habla al ver la destrucción que había a su alrededor.

Los muros del templo, con sus piedras esculpidas, se habían derrumbado y el suelo en el que había pasado meses excavando no era ahora más que un montón de escombros.

Miranda tenía razón. Tenía que haber sido un terremoto muy fuerte para provocar aquella catástrofe.

Sí, estaba siendo un día infernal.

Miranda Grenville, de quien se había olvidado mientras observaba la destrucción de un templo conservado durante siglos y construido por una sociedad a la que él había dedicado tantos años de trabajo, dejó escapar un suspiro de angustia y Jago giró la cabeza para mirarla.

Pero, soltando una palabrota, tuvo que soltar la cerilla cuando le quemó los dedos.

La oscuridad después de la luz parecía, si era posible, aún más intensa y, en un momento de pánico, buscó otra cerilla en la caja.

Estaba vacía.

Había una caja nueva en alguna parte, pero sus suministros estaban al otro lado del templo. Y el otro lado del templo, como acababa de comprobar, ya no existía.

—¿Estamos atrapados?

Miranda Grenville parecía haber perdido su arrojo.

—No, no estamos atrapados —contestó él. Lo último que necesitaba era un ataque de histeria—. Sólo necesito un minuto para pensar cómo salir de aquí.

Ella había dicho que estaba en el camino cuando se la tragó la tierra. Seguramente sería el camino que llevaba a la acrópolis.

—¿Cómo llegaste al camino?

—En autobús.

Le seguía doliendo mucho la cabeza, pero empezaba a recordar. Había abierto la botella pero, al final, decidió que era una estupidez beber para olvidar.

Eso era lo que Rob había hecho cuando su yate encalló en Cordillera durante una tormenta. Lo que seguía haciendo.

—¿Qué tipo de autobús? Por aquí no vive nadie.

—Un autobús de turistas.

Ah, un autobús de turistas, por supuesto.

El gobierno estaba intentando atraer inversiones turísticas, pero no sería fácil para Cordillera competir con los otros destinos del Lejano Oriente a menos que ofreciesen algo más, algo diferente para tentar al viajero.

Las ruinas de una antigua civilización valdrían. Y cuando consiguieran dinero para construir hoteles, los turistas llegarían en hordas.

Él no quería hordas de turistas pisoteando aquel sitio. Como director arqueológico de la excavación, tenía autoridad para mantenerlos alejados y eso pensaba hacer.

Había visto el daño que podían hacer. En cuanto hubiera un mercado para objetos y artefactos antiguos, la gente de Cordillera olvidaría sus miedos y empezaría a cavar por su cuenta para encontrar algo que vender a los turistas.

Jago sabía que, tarde o temprano, le quitarían autoridad sobre la excavación, pero mientras tanto había mantenido en secreto sus descubrimientos, retrasando la publicación todo lo posible.

Pero, impaciente por lograr resultados que pudiera explotar, por lo visto Felipe Domínguez tenía otra intención.

—No sabía que ya estuviéramos en una ruta turística.

—No creo que lo esté. Sin la delegación de empresarios que se apuntó a última hora porque su vuelo se había retrasado habríamos sido una docena de ingenuos. La verdad, no entiendo por qué se han apuntado.

—Si la alternativa era la incómoda sala de espera del aeropuerto, yo sí lo entiendo.

—Pero al menos allí alguien hubiera intentado rescatarlos de los escombros. Aquí…

—¿Dónde está el resto del grupo?

—Se adelantaron. Hacía mucho calor, así que me quedé sentada un rato en el camino. Cuando empezó el terremoto estaba sola.

—Pero la echarán de menos, me imagino.

—No lo sé.

Los otros podrían haber sufrido el mismo destino que ella. O peor. Pero no debía pensar esas cosas, se dijo.

—Supongo que en algún momento alguien se preguntará qué ha sido de mí, pero imagino que ahora mismo todos estarán muy ocupados intentando sobrevivir.

—Ah, ya.

—Bueno, pues como veo que por fin lo entiende, ¿le importaría decirme cómo puedo salir de aquí, señor Jago?

—¿Miranda?

—¿Sí?

—La gente me llama Jago. ¿Te has hecho daño al caer?

—No, sólo tengo algunas magulladuras sin importancia. ¿Y tú?

—Aparte de un golpe en la cabeza, estoy bien. Creo que sobreviviré.

—Si salimos de aquí.

—Saldremos de aquí. Sólo tengo que concentrarme un momento.

—A lo mejor deberías encender otra cerilla.

—Lo haría si tuviera una. Desgraciadamente, ésa era la última.

—¿Qué?

A pesar de la catástrofe que había descubierto la llamita de la cerilla, la promesa de luz hizo que Manda olvidase el miedo por un momento. Pero si no había más cerillas… De repente, la densa

oscuridad parecía apretarse contra su cara como si fuera un ser vivo, ahogándola.

Manda se levantó, llevándose las manos a la cara como si así pudiera evitar morir asfixiada.

—¡No te levantes!

Jago alargó los brazos para evitar que se hiciera daño, pero el pánico se había apoderado de ella.

—Tranquila, tranquila. Cálmate, por favor. Te vas a hacer daño.

Y a él. No se molestó en mencionar eso para no darle ideas.

—No pasa nada —siguió—. Saldremos de aquí, ya lo verás.

Pero ella no estaba escuchando. Luchaba ciegamente para escapar, sin saber que sus frenéticos movimientos hacían que se desprendiera más polvo… con el peligro de que la tierra se hundiera sobre sus cabezas. Soltando una palabrota, Jago puso la cara entre sus pechos para protegerse mientras intentaba sujetar sus manos.

—¡Suéltame! —gritó Miranda—. No necesito que tú me saques de aquí. Quédate con tu botella.

—Estate quieta de una vez —insistió él, intentando sujetar sus brazos. Pero como ella no parecía oírlo, decidió tomar la única salida que le quedaba: besarla.

Fue brutal, pero efectivo. Atónita, Miranda se quedó rígida por un momento. Y luego, de repente, se agarró a él, con su boca ardiente y dispuesta, desesperada por encontrar el calor de otro ser humano, algún consuelo en la oscuridad. Fue un beso sin barreras; una caricia pura y sincera que tocó algo dentro de él. Y, durante lo que le pareció una eternidad, respondió sin hacerse más preguntas.

Pero terminó tan repentinamente como había empezado.

Ella se echó hacia atrás y Jago notó el terrible sollozo que sacudía su cuerpo.

—Lo siento —se disculpó Miranda—. No sé qué me ha pasado. Pensé que estaba bien, pero…

—No te preocupes, estás bien —la interrumpió él, poniendo una mano en su cara.

—No hagas eso. ¡No vuelvas a hacerlo!

—Tenía dos opciones: besarte o darte una bofetada.

—Deberías haber elegido lo último.

—Muy bien. Lo recordaré la próxima vez que te pongas histérica.

—En sus sueños, señor Jago.

—En los suyos, señorita Grenville.

Jago tuvo que tragar saliva. Estar tan cerca de una extraña, de una mujer suave cuyo pelo olía a romero, estaba haciéndole algo a su cabeza.

Su pelo liso era como seda y olía tan bien, tan fresco en contraste con el aire húmedo y sofocante de la jungla…

Era delgada pero fuerte, con un cuerpo firme. Seguramente estaría acostumbrada a montar a caballo. Conocía a ese tipo de mujer porque había crecido con chicas así. Niñas ricas que sabían lo que valían, chicas a las que se educaba para casarse con un título o con una cuenta corriente tan importante que la falta de un título nobiliario no tuviese importancia. Acostumbradas a buenos hoteles y sábanas de algodón egipcio, no a un suelo de piedra y un hombre que se había alejado de tales lujos, y todo lo que eso conllevaba, mucho tiempo atrás.

Él sabía, lo sabían los dos, que si la besaba otra vez sería un beso largo, húmedo. Y que ella respondería. Y la idea de tomar a una mujer como ella sobre la fría piedra, entre los escombros, sin ninguna pretensión, nada del ritual por el que tenía que pasar un hombre antes de conseguir ese premio, era una tentación irresistible.

—¿Jago? ¿Quién eres tú?

Él le había hecho la misma pregunta. Y su repuesta había sido: «¿eso importa?».

¿Importaba?

Había crecido sabiendo exactamente quién era, qué le esperaba en el futuro. Y se había alejado de todo eso para construirse otra vida.

Pero ahora sólo era un tonto que perdía la cabeza por una chica con un bonito cuerpo.

Un tonto que estaba a punto de convertirse en una grave molestia para un ministro de Turismo que, seguramente, estaría encantado de que no saliera nunca de las ruinas de su propia excavación.

—¿Yo? Ya te lo he dicho: soy el hombre que va a sacarte de aquí.

—Ya.

—No pareces muy convencida.

Estaba convenida, pensó Manda. Si era posible salir de allí, él saldría.

Había visto brevemente la silueta de Jago cuando encendió la cerilla: una buena mata de pelo oscuro, cuello fuerte, hombros anchos que, cuando la luz de la cerilla se apagó, se habían quedado grabados en su retina.

Daba la impresión de ser un hombre muy fuerte; no el tipo de persona débil que bebería para olvidar. Su rostro era duro, firme al tacto. Bajo sus dedos, su cuerpo le había parecido fibroso, lleno de músculos, como el de un hombre que trabajaba con las manos. Y su boca… su boca no sabía a alcohol en absoluto. Además, hablaba con la autoridad de un hombre acostumbrado a que se obedecieran sus órdenes.

¿Y qué mujer se resistiría?

A pesar del mal principio, el instinto le decía que era un hombre de verdad. Tanto que había estado a punto de sucumbir a una intimidad que se había negado a sí misma durante mucho tiempo. Quizá porque, aunque sólo fuera por un momento, aquel hombre había logrado hacerle olvidar que su vida estaba en peligro.

Pero resistió la tentación, sabiendo que, cuando volviese la oscuridad, sería aún peor.

—¿Convencida? —repitió con frialdad, para poner distancia entre ellos, para olvidar el temblor de sus labios, que no habían sido besados de esa manera en mucho tiempo. Que nunca habían sido besados así en realidad—. No lo sé, espero que no sea el alcohol el que habla.

—¿De verdad? —en la oscuridad, Manda tuvo la impresión de que estaba sonriendo—. Bueno, a lo mejor tienes razón. Pero como yo soy la única ayuda que vas a conseguir por aquí, a lo mejor sería buena idea que fueses más amable conmigo, Miranda Grenville.

—¿Por qué?

—Porque así, el tiempo que pasemos juntos será menos desagradable.

Manda se aclaró la garganta, llena de polvo. Sabía que estaba siendo muy antipática, pero comportarse de esa manera había sido su costumbre durante mucho tiempo. Tendría que portarse mejor ahora que tenía dos ahijados.

Seguramente los mimaría en exceso. Y no sólo con juguetes y

regalos. Pensaba mimarlos con besos y abrazos, estando a su lado cuando la necesitaran, entregándose por completo a la tarea de ser madrina. Iba a quererlos de verdad.

Si tenía oportunidad de hacerlo, porque estando allí atrapada…

Debía enfrentarse con la posibilidad de no volver a verlos nunca. Y sería culpa suya por haber sido tan débil, por salir corriendo para no enfrentarse con sus propios demonios.

¿Quién era ella para juzgar a nadie?

Después de todo, Jago estaba trabajando allí. El terremoto lo había pillado en la excavación.

—Muy bien. ¿Hacemos las paces?

—De acuerdo.

—¿Y cuál es el plan de fuga?

—Dame un minuto. No llevarás un analgésico encima, ¿verdad?

—Llevaba en mi mochila —contestó ella—. Pero hasta que tengamos algo de luz, tendrás que seguir sufriendo.

No. Ni siquiera en situaciones límite podía mostrarse amable.

—Una pena. No puedo pensar con este dolor de cabeza.

—¿Adónde vas? —exclamó Manda, al notar que empezaba a moverse.

—No muy lejos. Mis cosas estaban al otro lado del templo. Quiero ver si encuentro algo que nos sirva.

—Espera, voy contigo —Miranda se agarró a su camisa.

—No hace falta —respondió Jago, apartando su mano—. Si encuentro mi botella de coñac te daré un traguito. Lo juro por mi honor.

—No sé si tú tienes honor.

—¿Siempre eres tan desagradable?

—Sólo cuando estoy atrapada bajo el suelo, en la oscuridad, después de un terremoto.

—Ah, ya.

—Soy muy impaciente con la incompetencia. Aunque no estoy diciendo que tú seas incompetente. Seguro que se te da muy bien…

—¿Emborracharme?

—No. Tú no estás más borracho que yo.

—No, pero admito que esta mañana había considerado ahogar mis penas en alcohol, si eso te hace feliz. Afortunadamente para los dos, al final no lo hice. Pero seguramente la botella se rompería durante el terremoto, así que ten cuidado si apoyas las manos en el suelo. Y no me agarres de la camisa, no pienso ir a ningún sitio sin ti.

—Muy bien —suspiró Miranda—. Y… perdona.

Algo tan difícil de decir tenía que ser sincero y, como respuesta, Jago apretó su mano. Era delgada y podía notar los delicados huesos bajo la piel, el rápido latido de su pulso. Era increíble que algo tan frágil no se hubiera roto durante la caída. Había tenido suerte. Por el momento.

—Sí, bueno, quizá los dos podríamos portarnos un poco mejor. Vamos a ver si puedo encontrar las cerillas… No, no te pongas de pie. Hacerte un esguince aquí abajo no nos ayudaría nada.

—¿Sabes dónde estamos?

—Sé dónde estaba esta mañana, pero cuando toque uno de los muros me haré una idea más aproximada de la situación.

Jago levantó el brazo libre para tocar el techo. Sería una estupidez darse un golpe en la cabeza con alguna piedra. Fácil, pero estúpido. Y él ya había cometido suficientes estupideces en su vida.

A pesar de la oscuridad que los envolvía, sintió el muro una décima de segundo antes de tocarlo y, apoyándose en él, empezó a pasar los dedos por el dibujo hecho en la piedra para hacerse una idea de dónde estaban.

—Me hacen falta las dos manos para esto. Espera un momento.

En lugar de discutir, Manda se agarró a su cinturón mientras Jago se inclinaba hacia delante. La cara de ella estaba lo bastante cerca de la camisa como para notar el calor que emanaba su piel.

—¿Y bien?

—Creo que he encontrado un águila.

—¿Un águila? —repitió ella.

—Las águilas eran especiales para la gente que vivió aquí. Creían que cuidaban de ellos.

—¿A cambio de las entrañas de las vírgenes? —preguntó Manda, recordando la entrevista con la arqueóloga pechugona.

—¿Has leído el *Courier*?

—No leo ese periodicucho a menos que esté desesperada. ¿Por qué?

—Alguien escribió un libro sobre este sitio y han publicado extractos en el *Courier*. Decía cosas sensacionalistas.

—Si no, nadie estaría interesado. No, no lo he leído, pero vi una entrevista con la autora en televisión hace unas semanas. Muy guapa para ser arqueóloga.

—Sí.

—¿La conoces?

—Sí.

—¿Quién es?

—Una mujer a la que nunca habrían sacrificado en este templo —contestó él, irónico.

Por lo visto, hablaba por experiencia. ¿Era esa mujer la razón por la que se había dado a la bebida… o había estado a punto de hacerlo? Manda decidió no preguntar.

—¿Y qué pasa con ese águila que has encontrado?

—Estaba encima del altar de sacrificios.

—¿Y?

—Sobre el altar de sacrificios, en el techo.

Por la mañana, Jago había estado seguro de que la vida no tenía sentido para él. Pero haber estado a punto de perderla le daba una nueva perspectiva de la situación.

—Bueno, vamos a intentarlo por aquí —dijo, moviéndose bruscamente hacia la izquierda. Miranda, desprevenida, se dio un golpe contra la pared—. Perdona… ¿te has hecho daño?

—Me he clavado algo la mano.

—¿Te has cortado? —preguntó él, buscando su mano en la oscuridad para comprobar si había sangre—. No, no te has cortado. Ha debido de ser una piedra. Lo siento, me he movido muy deprisa.

—Esto es peor de lo que pensabas, ¿verdad? —suspiró Manda entonces.

—No es tan fácil como pensaba, no.

—¿Vamos a salir de aquí?

Su tono parecía exigir una respuesta sincera, pero Jago llevaba

mucho tiempo trabajando solo en los templos de Cordillera y tenía muy aguzado el sentido del oído. Y podía notar el temblor en su voz, el miedo que intentaba esconder.

Capítulo 5

—Saldremos de aquí. No te prometo que salgamos inmediatamente o que vaya a ser fácil, pero vamos a salir —Jago sabía que no tenía sentido engañarla. Ella misma había visto la devastación que había causado el terremoto en la cámara cuando encendió la cerilla—. Además, aunque la gente de tu grupo no te echase de menos inmediatamente, tu familia se interesaría por ti, ¿no?

—Me temo que no puedo contar con eso. Nadie sabe que estoy aquí. Estaba… intentando tomarme unas vacaciones de mi familia, así que no tienen ni idea de que estoy en Cordillera.

—¿Me estás diciendo que ni siquiera le enviaste una postal a tu madre? —bromeó él.

—No tengo madre, pero si la tuviera… ¿qué iba a decirle, que me gustaría que estuviera aquí conmigo?

Su intento de hacer una broma había fracasado estrepitosamente, pero la entendía. Él no sólo se había tomado unas vacaciones de su familia, los había dejado quince años antes y jamás había vuelto la mirada atrás.

—Bueno, no te preocupes. Mucha gente sabe que yo estoy aquí.

Esperaba que eso valiese por el momento. Porque, si toda la isla había sufrido los efectos del terremoto, no habría nadie que pudiera rescatarlos.

Jago siguió apretando su mano. La piel femenina, bajo sus callosas palmas, era muy suave. Los dedos eran largos, sin anillos. Pero al pasar un dedo por el dorso notó que tenía la piel levantada, algunas uñas rotas…

Debía de haberse hecho daño durante la caída, pero no se había quejado ni una sola vez.

—Vamos, Miranda.

—Manda —lo corrigió ella.

—¿Perdón? ¿Has decidido que podemos ser amigos?

—He decidido que no me gusta que me llames «mujer» ni «señorita Grenville». Y nunca me ha gustado Miranda.

—¿Por qué no?

—Eso da igual. ¿Nos vamos?

—Sí, claro —murmuró él—. Voy a moverme hacia la izquierda.

Manda no dijo nada cuando la tierra volvió a temblar, pero Jago se dio la vuelta y la sujetó por la cintura. Con la cara apretada contra su pecho, su cuerpo protegiéndola de los escombros, se sintió ridículamente segura a pesar de que en cualquier momento un megalito podría caerles sobre la cabeza.

—Cierra los ojos —dijo él cuando una nueva capa de polvo empezó a caer sobre sus cabezas.

Ella obedeció.

—¿Puedo abrirlos ya?

—No, espera —Jago se limpió las manos en la camisa para apartar suavemente el polvo de sus párpados—. Ya puedes abrirlos.

—Pero ahora me toca a mí —Manda metió los dedos en su pelo para intentar sacudirle las piedrecillas. Y, al hacerlo, notó que tenía un bulto en la frente.

Era lógico que le doliese la cabeza, pensó, besándolo en la frente por impulso, quizá como una manera de pedirle disculpas por haber sido tan desagradable con él. Luego pasó las manos por su cara, por su firme mandíbula, los altos pómulos, descubriendo el paisaje de su cara, grabando los contornos en su memoria.

Él sujetó su mano cuando pasaba un dedo por sus labios y, durante un segundo, permanecieron juntos, la yema de su dedo sobre los labios masculinos. Luego, sin decir una palabra, Jago pasó una mano por su cintura y empezó a moverse despacio, pegado a la pared, explorando las figuras con los dedos.

—Mis cosas deberían estar por aquí —murmuró.

—Pues vamos a buscarlas —dijo ella con voz ronca—. ¿A qué esperas? La caja de cerillas no va a venir andando hacia nosotros.

—Lanzarse hacia delante en la oscuridad sin saber adonde vamos sólo servirá para que se nos caiga encima lo que queda del techo.

—Y si nos quedamos aquí mucho más tiempo cualquier nueva sacudida podría tirarnos encima lo que queda de techo —replicó Manda.

—Bueno, tranquila.

—¿Tranquila? Jago, yo sé que no habrá un equipo de rescate buscándonos ahora mismo.

—¿Ah, sí, lo sabes?

—Pues claro.

Había estado en el sitio equivocado en el momento menos oportuno. Sólo el tiempo diría si había sido afortunada o desafortunada, pero una cosa era segura: no pensaba esperar sentada a que fueran a buscarlos.

—He visto estas cosas en televisión y sé que ahí fuera será un caos. A menos que haya alguna indicación de lo contrario, tenemos que pensar que sólo podemos salir de aquí por nuestra cuenta. Cuanto más tiempo nos quedemos esperando, más débiles estaremos y… ¡No, espera!

—¿Qué?

—¡Mi mochila! Llevo un móvil.

—Miranda…

—Si ha sobrevivido al golpe, claro.

—Y si hubiese cobertura aquí abajo —dijo él, destrozando sus esperanzas.

—¿No hay cobertura?

Manda sintió más que ver que él negaba con la cabeza. Pero el gesto debió de dolerle, porque soltó una palabrota.

—¿Estás bien? —le preguntó, preocupada. Se había dado un buen golpe y podría estar sufriendo una conmoción cerebral.

—Sobreviviré —contestó él—. ¿Hay algo que pueda servirnos en esa mochila tuya?

—Tengo una botella de agua. Bueno, media botella. Caramelos de menta, un bolígrafo, pañuelos de papel… —ninguna de esas cosas les serviría de nada, claro—. Una crema para los pies.

—¿Crema para los pies?

—Es refrescante. Para los pies doloridos después de una larga caminata.

—Ah, muy bien. Entonces, aparte del agua y los caramelos de menta, la respuesta es «no».

Menos mal que no había mencionado el desodorante y la colonia.

—¿No llevas cerillas, una linterna, una cuerda?

—¿Una cuerda? Estamos hablando de una mochila de diseño —

rió Manda—. Un objeto de deseo por el que, debes saber, hay que ponerse en una lista de espera.

—Ah, entonces eres la clase de mujer que se gasta una fortuna en bolsos. Espero que no lo hayas dicho para impresionarme.

—Me da exactamente igual…

—Me alegro —la interrumpió Jago—. Me interesa mucho más el contenido.

Y tenía razón, maldito fuera.

—Llevo uno de esos costureros de viaje —dijo ella, sarcástica—. Contiene bobinas de hilo, por si estás buscando una solución tipo Ariadna para encontrar la salida de este laberinto.

—Un pico y una pala nos vendrían mucho mejor, pero supongo que eso es mucho pedir. Aunque tendré en cuenta lo del costurero, por si coserte la boca acaba siendo la única solución.

—Hay imperdibles para eso. Claro que yo podría tener que usarlos antes contigo.

—Bueno, ya está bien. ¿Llevas en esa mochila algo que pudiera servirnos de algo? No pienso perder el tiempo buscándola sólo para ponerme crema en los pies.

—¡Espera! Llevo una mini linterna en mi llavero —dijo Manda entonces—. Me salió en un huevo de chocolate…

—¿Qué?

—¿Algún problema con los huevos de chocolate?

El año anterior habían celebrado por primera vez una Navidad de verdad, con un árbol lleno de bolas de colores, regalos baratos… Fue idea de Daisy, pero todos habían quedado completamente seducidos por la sencilla alegría del pavo relleno, los gorros de papel, los huevos de chocolate…

El suyo contenía una linterna diminuta que ella había colgado en su llavero de Tiffany.

—Y también llevo un despertador.

—¿Eso también te salió en un huevo de chocolate?

—No, eso no sería muy festivo. ¿Y tú? Cuando pasamos por delante del templo vi unas herramientas. ¿Era este templo?

—Sí, la cámara de arriba.

—¿La de arriba?

¿Entonces estaban debajo? Manda decidió no preguntar. No quería saberlo.

—El guía dijo que era peligroso entrar.

—Y tenía razón. Suelo enfadarme mucho cuando los turistas deciden pisotear mi trabajo.

—Ah, ya veo. ¿Eres arqueólogo?

—No soy arqueólogo, soy el arqueólogo. El director de esta excavación, para ser exactos.

Manda frunció el ceño. Dejando los ideales feministas a un lado, debía admitir que sonaba más real que la rubia del vestido ajustado que sudaba levantando una pala.

—¿Y quién era esa mujer que salía en televisión hablando del templo?

—Una oportunista —contestó Jago.

—Bueno, por lo menos conoces bien este sitio. Pero como yo soy una de esas turistas que pisotean tu trabajo, a lo mejor debería ir a buscar mi mochila.

—Haz lo que quieras, pero si crees que la alarma del despertador va a atraer a algún equipo de rescate…

—No es por eso —murmuró Manda, pensativa—. Parece que el peligro es mayor de lo que yo creía.

—No tienes ni idea —murmuró Jago. Su boca estaba tan cerca que ella podía sentir el aliento en su cara. Tan cerca que casi rozaba su frente con los labios.

—¿Tenemos tiempo para esto?

En la intensidad del silencio que siguió a esa pregunta podría haber jurado que oía el movimiento de los músculos de su cara cuando sonrió. Porque estaba sonriendo, lo notaba en su voz.

—Eres dura, ¿eh?

Y, a pesar de todo, Manda también estaba sonriendo.

—No tienes ni idea.

La total oscuridad había intensificado sus sentidos y, aunque no podían verse, se reconocían el uno al otro como sólo aquellos privados de la vista podían hacerlo.

Manda podía oír la respiración de Jago, los latidos de su corazón reverberando en las palmas de sus manos.

En otras circunstancias esa intimidad habría hecho que se arrancaran la ropa el uno al otro.

O quizá aquéllas fueran las circunstancias ideales.

—Muy bien —dijo Jago abruptamente, apartándose un poco—. Necesitamos la linterna, por pequeña que sea, y la botella de agua. Ve tocando el suelo con cuidado. Recuerda que puede haber una botella rota.

—Sí, señor. ¿Qué vas a hacer tú mientras tanto?

—¿Tumbarme un rato? —sugirió él, usando la ironía como la usaba Miranda para olvidar en qué situación estaban—. O a lo mejor intento encontrar una salida. Tiene que haber una abertura en algún sitio.

—¿No la habríamos visto cuando encendiste la cerilla? —preguntó Manda, sin soltarlo.

Quizá fuera su deseo de no volver a estar sola en la oscuridad o quizá…

Quizá no quisiera soltarlo en absoluto. Irritante y divertido, dictatorial y tierno por turnos, estaba empezando a sentirse peligrosamente atraída por aquel hombre.

—Podría no estar a la vista. Y creo que tendremos que escalar un poco para salir. Espero que lleves zapatos planos.

—¿Zapatos planos? Qué horror.

—¡No lo dirás en serio!

Pues claro que no lo decía en serio. Habría que ser idiota para ir de excursión por las montañas con zapatos de tacón alto.

—Deja que yo me preocupe de mis pies. Tú sácanos de aquí.

—Confía en mí.

—¿Confiar en ti, un hombre?

De repente, dándose cuenta de que seguía apretando su mano, la soltó.

—Si tuviese ganas de broma estaría partiéndome de risa por la ironía de tener que apoyarme en una mujer. Pero en fin… —Jago volvió a tomar su mano—. ¿Qué dices, Miranda? ¿Suspendemos hostilidades y dejamos la batalla de los sexos para cuando salgamos de aquí?

Ella quería preguntar por qué insistía en llamarla Miranda. Un

compromiso entre «señorita Grenville» y el amistoso diminutivo, seguramente.

—Muy bien. Considéralo una cita.

—Lo anoto en mi agenda. Pero ahora mismo tenemos que movernos.

Manda había logrado soltar su mano la primera vez, pero volver a hacerlo…

La oscuridad lo amplificaba todo. No sólo los sonidos, los movimientos de otra persona, las emociones… los miedos. Y, cuando por fin pudo soltar su mano, se quedó absolutamente inmóvil un momento, intentando calmarse mientras Jago se alejaba.

Conteniendo un grito.

Pero ella no necesitaba a nadie.

—Estaría bien que empezaras a moverte en los próximos cinco segundos.

La voz de Jago le llegó en la oscuridad, tan amarga como la laca que le ponía una particularmente desagradable niñera para que no se mordiese las uñas. Manda se las había mordido de todas formas, soportando el mal sabor para retar a la mujer. Tenía cinco años y ya entonces deseaba controlarlo todo.

El recordatorio de lo que debía hacer fue la llamada de atención que necesitaba y, usando la pared para tener una referencia, empezó a buscar con las manos, distrayendo el miedo mientras pensaba en lo que Jago había dicho.

Por lo visto, no solía confiar en las mujeres. Seguramente porque alguna se había portado mal con él en el pasado. ¿La arqueóloga pechugona? Había sonado muy amargo cuando habló de ella.

Aunque no debía sacar conclusiones precipitadas.

No tenía duda de que, para el resto del mundo, su incapacidad para confiar en un hombre resultaría igual de simple: el resultado de alguna relación fracasada.

Pero nada era nunca tan sencillo.

No eran los hombres. Ellos no eran más que un síntoma…

Manda dio un respingo al oír ruido de cascotes a su alrededor.

—¿Estás bien?

—Divinamente —contestó él, sarcástico—. Sólo han sido unas

cuantas piedras.

—Tú no vives aquí abajo, ¿verdad?

—No, tengo una casa en el pueblo, pero muchas veces me quedo a dormir en la excavación. Trabajo más a gusto cuando nadie me interrumpe —su voz parecía llegar desde muy lejos. Y por encima de ella—. Está a unos veinte kilómetros de aquí.

—Sí, creo que pasamos por allí con el autobús —no le había prestado mucha atención, pero había gente trabajando en el campo, niños, perros, gallinas—. Espero que no les haya pasado nada.

—Yo también. Aunque seguramente me culparán a mí por el terremoto.

—¿A ti? ¿Por qué?

—Por despertar la ira de los dioses con mis excavaciones. Ah, pero tendrán que mirar hacia otro sitio para encontrar a quien ha usado su nombre en vano.

Definitivamente, la arqueóloga rubia.

—¿No quieren turismo en la zona?

—Los jóvenes, seguramente. Los mayores no quieren saber nada.

—Ah.

Los dedos de Manda rozaron algo en el suelo: una botella de cristal, asombrosamente intacta. Le quitó el tapón, esperando que fuese agua, pero tuvo que apartar la cara cuando se la llevó a la nariz.

—He encontrado tu botella. Y no se ha roto.

—Estupendo, guárdala. Vamos a necesitarla.

Manda, temiendo la respuesta, no preguntó por qué.

Capítulo 6

Su pie resbaló mientras intentaba escalar el muro, provocando una pequeña lluvia de piedras y despertando un grito de alarma de su compañera.

—¿Estás bien? —preguntó Jago. El silencio no era buena señal —. ¿Miranda, estás bien?

—Sí, estoy bien. Pensé que era otra sacudida —respondió ella por fin—. ¿Encuentras algo?

—No mucho, la verdad.

Estaba pasando las manos por los muros para encontrar una grieta, una salida… Pero el sitio donde había dejado sus cosas parecía estar bloqueado.

Su única ruta de escape parecía por arriba, a través del conducto de aire, siempre que no estuviera bloqueado también. No podía ver el cielo y, por un momento, se preguntó qué habría pasado si hubiera despertado solo en la oscuridad, sin saber nada.

—Me vendría bien un poco de luz. ¿Alguna posibilidad de que encuentres la mochila en un futuro cercano?

—La he encontrado —dijo ella.

Pero no parecía muy contenta.

—¿Qué pasa?

—Que todo está empapado.

—No esperarás que me lleve un disgusto porque tu mochila se ha mojado, ¿verdad?

—No, pero… es que la botella de agua se rompió al caer.

Jago soltó una palabrota. No era una buena noticia.

—Si queda algo, bébetelo ahora.

—¿Y tú?

—Yo me las arreglaré. Pero dime que has encontrado la linterna.

Como repuesta, una lucecita apareció en la oscuridad.

Una luz diminuta que no iluminaba más que las puntas de unos dedos fantasmales. Miranda le había dicho que era pequeña, pero aquello era… Jago suspiró. Él había esperado una linternita de plata o

algo así. Las mujeres que usaban mochilas de diseño no llevaban linternas que salían en huevos de chocolate, sino esas cosas carísimas que compraban los que ya lo tenían todo. Al menos lo hacían cuando él formaba parte de ese mundo.

Jago intentó controlar su frustración. No era culpa de Miranda, que no tenía que llevar un botiquín de supervivencia para dar una vuelta por las montañas.

—Bueno, estupendo. Menos mal que funciona —le dijo, esperando parecer sincero.

—Toma —dijo ella, acercándose. La luz de la linternita se apagó —. Tienes que apretar los lados para que funcione.

—Ah, alta tecnología —bromeó Jago.

—Te he guardado un poco de agua. Cuidado, la botella está de lado. Espera, creo que llevo una aspirina para tu dolor de cabeza.

—¿No crees en eso de que un besito lo cura todo?

—No. A mí nunca se me ha curado nada con un beso —suspiró Miranda, poniendo dos pastillas en su mano—. Además, es mejor asegurarse, ¿no te parece?

Él tomó un trago de agua.

—¿Nunca?

—Mi familia no era besucona.

—¿No?

La suya era muy buena haciendo eso. Para todo el mundo, eran la viva imagen de la felicidad.

—Todo está en la mente. Es una ilusión, pero si te lo crees de verdad, funciona.

—¿Y tú crees en eso?

—Si te digo que sí, ¿me darás otro beso?

—O sea, que no lo crees.

Jago deseó haber dicho que sí, pero ya era demasiado tarde.

—Lo que creo es que el de antes ha sido de notable.

—¿Sólo notable?

—¿Esperabas un sobresaliente?

En la oscuridad, Miranda se puso colorada. ¿Por qué se le había ocurrido iniciar esa conversación?

—No, qué va. Pero tomando en consideración que no se ve nada, el polvo, el susto… quizá un notable fuera…

Jago no le dejó terminar la frase. Poniendo una mano en su cara para encontrar sus labios en la oscuridad, volvió a besarla.

No fue más que un roce inocente, una caricia suave como una pluma que respiraba vida. Sobresaliente acercándose a matrícula de honor…

Manda intentó decir algo gracioso para salvarse del ridículo, pero tenía la mente en blanco.

—¿No llevabas un móvil? —preguntó él después, como si no hubiera pasado nada—. No será de los que hacen fotografías, ¿verdad?

No había pasado nada, se recordó a sí misma. Jago sólo estaba intentando evitar que pensara en su situación.

—¿Por qué? ¿Quieres un recuerdo? ¿Una fotografía para vender a las revistas?

—¿Las revistas estarían interesadas?

¿Una fotografía de Miranda Grenville, consejera del primer ministro y ahora empresaria, cubierta de polvo hasta las cejas? Oh, sí, a las revistas les encantaría. Pero, evidentemente, Jago no sabía quién era y sería mejor dejarlo así.

—Siempre hay mercado para historias de interés humano —contestó, limpiando torpemente el móvil con la camisa antes de encenderlo. El aparato se iluminó y empezó a lanzar pitidos—. Ah, tengo mensajes.

—Eso puede esperar. Cierra los ojos.

—¿Por qué…? —un destello la cegó por un momento—. ¡Idiota!

—Te he dicho que cerraras los ojos —dijo él, mirando la imagen en la pantalla—. A ver, otra vez.

Manda entendió por fin: estaba haciendo fotografías para intentar averiguar dónde estaban. Pero, cuando terminó, se quedó mirando las imágenes durante tanto rato que empezó a preocuparse.

—¿Qué es eso?

—El águila.

—¿La que era parte del techo? —preguntó ella, asustada. Ver algo tan grande sacudido por el terremoto como si fuera un guijarro era sencillamente aterrador.

—Hay una entrada de aire que lleva directamente al bosque, pero creo que está bloqueada por los escombros. O el águila le ha caído encima.

—Ah.

Jago siguió haciendo fotografías durante lo que le pareció una eternidad.

—Apunta hacia allí para que sepa dónde voy —le dijo, devolviéndole el teléfono—. Vuelvo enseguida.

—¿Adónde vas?

—Me ha parecido ver el mango de una paleta.

Volvió un segundo después con algo en la mano. Era una paleta de las que usaban los arqueólogos para apartar capas de tierra. Pequeña, pero era mejor que nada.

—Ponla en tu mochila. ¿Has guardado el coñac?

—Sí.

—Muy bien. No te separes de la mochila, seguramente habrá más sacudidas.

Estaba usando el mismo tono que cuando le dijo que cerrara los ojos y su inmediata reacción a una orden era desobedecerla. Pero esa vez colocó la paleta en la mochila sin decir nada mientras él seguía haciendo fotografías.

—¿Y bien? —preguntó Manda por fin, impaciente.

—¿Ésta eres tú?

—¿Qué?

Jago le mostró la pantalla del teléfono. Estaba mirando una de las fotografías que había hecho durante el bautizo.

—No, es mi cuñada. Fui la madrina de su hija la semana pasada.

—¿Por qué me suena su cara?

—No lo sé —contestó ella. Aunque podría haberle dicho que, hasta muy recientemente, su cuñada había sido la reina de la programación matinal—. A lo mejor te gustan las mujeres voluptuosas.

—Si me gustaban, se me ha pasado. ¿Y ésta? —preguntó Jago, pasando a la siguiente fotografía.

—Daisy, es mi ayudante. La hermana de mi cuñada. También fui la madrina de su hijo.

—¿Y dónde está la tercera?

—¿Qué tercera?

—¿Las cosas no van siempre de tres en tres? Tres deseos, tres desastres, tres niños…

—No, en mi familia no.

—Ésa es la familia de la que te estabas tomando unas vacaciones, ¿verdad?

¿Había dicho eso ella? ¿A un extraño? Claro que cuando un hombre te besaba, dos veces, ya no podía ser descrito como un extraño. Aunque no hubiera visto su cara. Lo único que sabía de él era que podía ser duro y tierno al mismo tiempo. Y que también podía ser una mano en la que apoyarse en la oscuridad.

A lo mejor eso era suficiente.

—La misma familia cuyas fotografías llevas contigo.

—Sí, bueno… es complicado.

—Las familias suelen serlo.

—¿Y tú? ¿Tu familia estará pegada al televisor, viendo las noticias?

—No lo creo. Tampoco saben que estoy en Cordillera.

—¿De verdad? Pensé que llevabas aquí algún tiempo.

—Casi cinco años.

—Ah.

—No nos llevamos muy bien.

—Lo siento.

—Fue decisión mía.

—Ya, claro. Mi familia tampoco lo sabe.

—Sí, me lo has contado.

Le había contado mucho en muy poco tiempo, por lo visto. Claro que las circunstancias habían acelerado el curso normal de su relación.

—Yo sólo llevo aquí unos días.

—Seguro que, al final, habrías enviado una postal.

—Yo no envío postales.

—¿Y tampoco llamas por teléfono? Porque parece que ellos sí te

llaman. Tienes mensajes, ¿no?

—No, será cosa de trabajo. Belle, Daisy y yo tenemos una productora de televisión y vamos a filmar un documental dentro de poco.

—En fin, lo bueno es que no estarán preocupados por ti.

¿Eso era bueno?

—Sí, claro.

—Vamos a ver, tenemos dos opciones —suspiró Jago—. Creo que podría haber encontrado una abertura ahí arriba. Subir el primer trecho será fácil, por la espalda del águila, pero después no será tan sencillo. Sobre todo en la oscuridad. ¿Lo ves?

Jago le enseñó la fotografía de una oscura grieta.

—¿Vamos a salir por ahí?

—Desgraciadamente, no sé qué vamos a encontrar cuando lleguemos allí. Podríamos seguir…

—¿Cuál es la alternativa? —lo interrumpió Manda.

—Podríamos intentar apartar las piedras de esta esquina —dijo él, mostrándole otra fotografía—. Pero no sé qué cantidad de piedras tendríamos que apartar. La tercera opción es quedarnos donde estamos y esperar a que vengan a buscarnos.

—No, mejor no —suspiró Manda—. ¿Cuál elegirías tú… si no tuvieras que pensar en mí?

—Creo que intentar quitar esas piedras sería la opción más segura.

Estaba mintiendo.

—Si estuvieras solo intentarías colarte por esa grieta, admítelo.

—En la oscuridad podría ser un suicidio.

—Y crees que no seré capaz de hacerlo, ¿verdad?

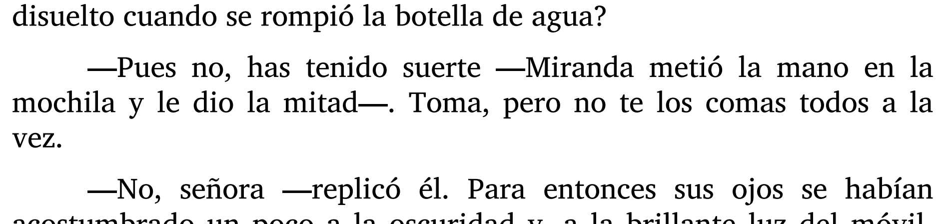
—No sé de lo que eres capaz, pero subir ahí… Si hay otra sacudida mientras estamos arriba…

—Cállate, Jago.

—Miranda…

—Si hay otra sacudida se nos podría caer encima el templo entero. Y escapar por esa grieta sería más rápido.

—¿Has dicho algo sobre unos caramelos de menta? ¿O se han



disuelto cuando se rompió la botella de agua?

—Pues no, has tenido suerte —Miranda metió la mano en la mochila y le dio la mitad—. Toma, pero no te los comas todos a la vez.

—No, señora —replicó él. Para entonces sus ojos se habían acostumbrado un poco a la oscuridad y, a la brillante luz del móvil, ella lo vio guardarlos en el bolsillo de la camisa—. Bueno, éste es el plan: voy a subir para echar un vistazo y luego volveré a buscarte.

—¿Vas a dejarme aquí? No, de eso nada.

—¿Quieres que te devuelva tus caramelos?

—Vete a la porra con los caramelos. Devuélveme mi móvil y yo encontraré una salida.

—¿Crees que te abandonaría?

—A propósito, seguramente no. Pero una vez que estés ahí arriba…

Estaría agotado. Haría falta ser un héroe para bajar en la oscuridad y volver a subir con ella. Aunque eso no iba a pasar.

—Digamos que mi experiencia hace que desconfíe de los hombres —añadió Manda.

—Pues entonces es tu día de suerte. Yo no soy un hombre como los demás.

—¿No? ¿Y dónde estás, por encima o por debajo de la media?

—Esperemos que sea por encima —bromeó Jago—. Bueno, vamos a ir por aquí —dijo luego, señalando en la pantalla del móvil la ruta que había elegido.

—¿Y por qué no vamos por aquí? —sugirió ella, buscando otra fotografía en la que se veían fisuras en la pared—. Parece un camino más fácil.

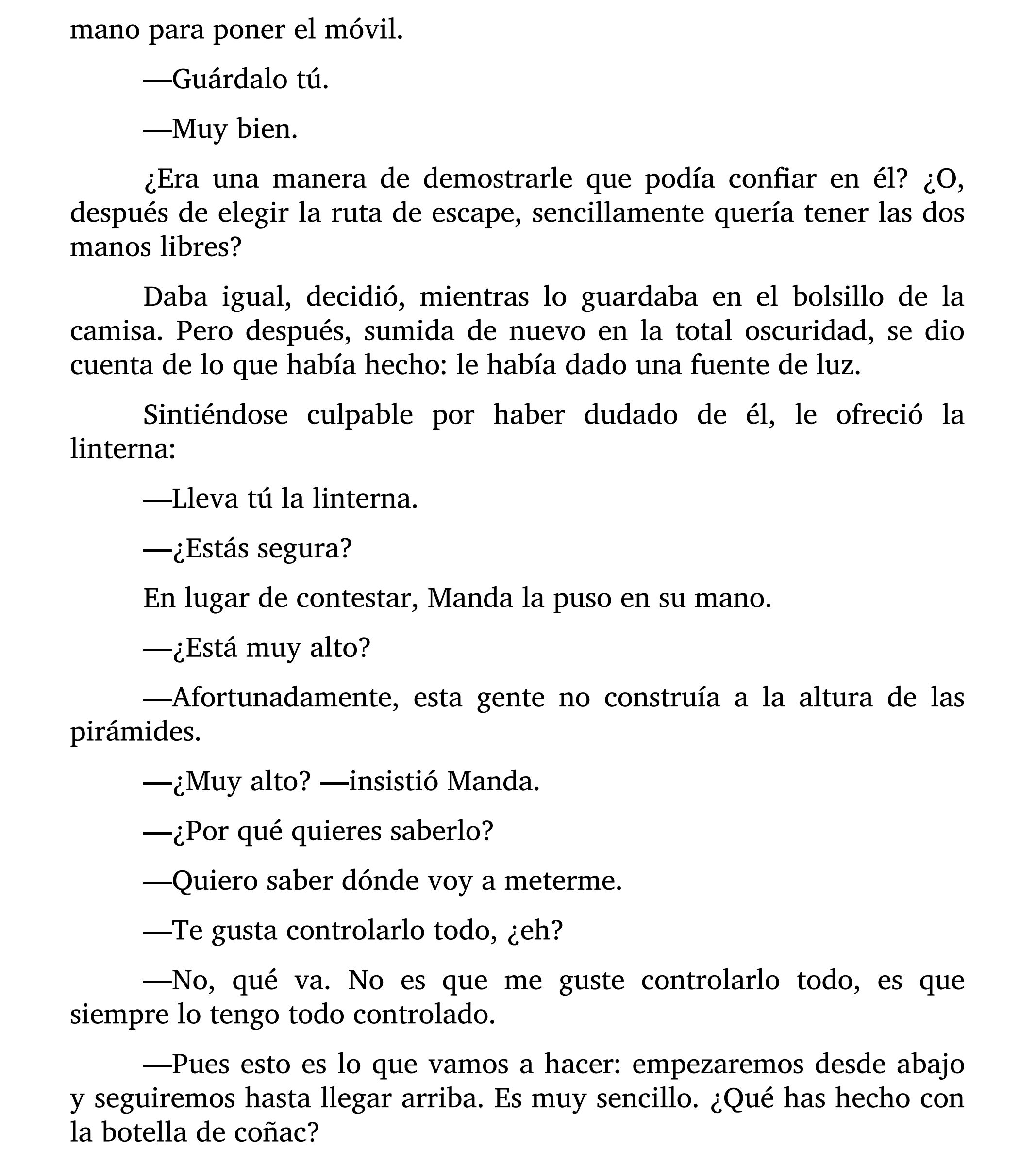
—¿He pedido tu opinión?

—Pero…

—Esto no es un comité. Presta atención porque sólo voy a decirlo una vez y luego me marcho, contigo o sin ti.

Maldito fuera.

Después la tomó por la cintura. Luego, con la barbilla apoyada contra su hombro, le explicó la ruta que iban a tomar, señalando las grietas a las que debía agarrarse. Por fin, cuando terminó, tomó su



mano para poner el móvil.

—Guárdalo tú.

—Muy bien.

¿Era una manera de demostrarle que podía confiar en él? ¿O, después de elegir la ruta de escape, sencillamente quería tener las dos manos libres?

Daba igual, decidió, mientras lo guardaba en el bolsillo de la camisa. Pero después, sumida de nuevo en la total oscuridad, se dio cuenta de lo que había hecho: le había dado una fuente de luz.

Sintiéndose culpable por haber dudado de él, le ofreció la linterna:

—Lleva tú la linterna.

—¿Estás segura?

En lugar de contestar, Manda la puso en su mano.

—¿Está muy alto?

—Afortunadamente, esta gente no construía a la altura de las pirámides.

—¿Muy alto? —insistió Manda.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Quiero saber dónde voy a meterme.

—Te gusta controlarlo todo, ¿eh?

—No, qué va. No es que me guste controlarlo todo, es que siempre lo tengo todo controlado.

—Pues esto es lo que vamos a hacer: empezaremos desde abajo y seguiremos hasta llegar arriba. Es muy sencillo. ¿Qué has hecho con la botella de coñac?

—¿Necesitas un trago para darte valor? —bromeó Manda, sacándola de la mochila.

—Pon las manos —dijo él, después de quitar el tapón.

Jago le echó un chorro de coñac y Manda, con las manos llenas de heridas, tuvo que contener un grito de dolor.

—Es un antiséptico, te secará la piel. Y te ayudará a agarrarte mejor a las piedras.

—Gracias.

—De nada —Jago volvió a colocar la botella en la mochila—. Será mejor que la lleve yo.

—¿Seguro? No te quedará bien —bromeó Manda.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Sólo te quedaría bien si llevaras unas sandalias plateadas.

—Por favor, dime que es de broma. No, espera, déjalo, no quiero saberlo.

Manda lo siguió, tropezando con las piedras, destrozando aún más sus carísimos mocasines de ante. Después de todo, un calzado sensato no tenía por que ser barato. O sin estilo.

—¿Todo bien?

—Por ahora sí. ¿Y tu cabeza?

—Mejor —suspiró él, levantando los brazos para iluminar el espacio con la linterna. Luego todo se volvió oscuro otra vez.

—¿Qué pasa?

Jago tomó su mano para que tocase las grietas de la pared por la que iban a subir.

—Iremos paso a paso. Te iré comentando mis movimientos para que tú puedas hacer lo mismo. Vamos a escalar a ciegas, de modo que no será fácil y tampoco rápido. Párate a descansar cuando lo necesites. Y no intentes ir deprisa.

—Sí, señor.

—Pase lo que pase, no te asustes. Si tienes algún problema, dímelo. Prefiero dar la vuelta que tener que oírte gritando hasta que llegues abajo.

Manda tragó saliva.

—Si te sirve de algo, prometo hacer todo lo posible para no gritar.

Capítulo 7

Manda contuvo un grito cuando se le escurrió una mano, arañándose los nudillos con la pared.

Antes de empezar le pareció que sería relativamente fácil. La espalda del águila formaba una pendiente y, aunque muy inclinada, había sitios a los que podía sujetarse: fisuras y pequeños salientes en los que apoyar los pies.

Pero le temblaban los brazos por el esfuerzo y pronto se dio cuenta de que todos los salientes del mundo no serían suficientes para llegar arriba si no le quedaban fuerzas para sujetarse.

Respirar también se estaba convirtiendo en un problema y le dolía el pecho. Sólo concentrándose en la pausada voz de Jago, que la guiaba hacia arriba, era capaz de seguir.

Pero no podía disimular lo mal que lo estaba pasando y, por fin, él se detuvo.

—¿Estás bien?

—Genial —contestó Manda, sarcástica, para disimular el miedo.

—Descansaremos un momento.

—Muy bien.

Sí, muy bien, pero tenía los dedos doloridos y no le quedaban fuerzas para moverse. Suspirando, apoyó la cara en la fría roca.

—Un par de metros más —le prometió Jago.

Pero cuando empezaron a caer piedrecitas desde arriba, por un momento pensó que Jago había seguido adelante.

—Jago…

No había terminado de pronunciar su nombre cuando él llegó a su lado.

—Suéltate de la roca —le dijo, la boca pegada a su oído—. Yo te sujeto.

—No puedo…

—Confía en mí.

¿Cuántas veces había oído esas mismas palabras? ¿Y cuántas veces habían sido mentira?

—Estoy bien. Sólo he parado un momento para tomar aliento.

Odiaba ser tan débil. Sólo por una vez le gustaría no tener que apoyarse en nadie, ser la más fuerte.

—¿Dónde has puesto tus caramelos?

—¿Qué pasa, ya te has comido todos los tuyos?

Jago la aplastó contra la roca para que estuviera segura mientras él, con una sola mano, le quitaba el papel a un caramelo.

—Venga, abre la boca.

Manda mordió el caramelo, dejándole la mitad.

—Miranda…

—La mitad para ti y la mitad para mí —dijo ella, decidida.

Y Jago, que no tenía fuerzas para discutir, se agarró a la pared para descansar un momento.

—Bueno, ya estoy bien —dijo Miranda.

—¿Segura? Si pudieras dar un pasito más…

—Venga, muévete.

Dura, cabezota. Decidida a no ser un estorbo. Miranda Grenville podía ser la mujer más irritante del mundo, pero se había ganado su respeto.

Siguieron subiendo por la roca hasta que Jago oyó que ella perdía pie. Nervioso, alargó una mano para sujetarla… pero sólo toco aire.

—¿Miranda?

—Estoy aquí.

Jago dejó escapar un suspiro de alivio. Un largo y doloroso suspiro de alivio.

—¿Nos volvemos locos y comemos otro caramelo? —le preguntó.

—Esta vez invito yo —respondió Manda, partiendo uno de los suyos por la mitad.

Se quedaron parados un rato, uno al lado del otro, recobrando el aliento.

Pero desde arriba empezó a caer polvo de nuevo y Manda dejó de respirar mientras Jago ponía un brazo en su espalda para pegarla a la pared.

Esperaron y esperaron que la tierra siguiera sacudiéndose, pero no pasó nada. Y, por fin, ella abrió la boca para llenar sus pulmones de aire.

—Ha debido de ser un pájaro —dijo él—. Buena noticia. Si un pájaro ha logrado colarse aquí, nosotros podremos salir.

—Sí, claro.

Pero no estaba nada convencida. El pájaro podría haber quedado atrapado con ellos. O podría ser un murciélago. Uno de esos bichos grandes, peludos…

—¿Por qué no te hablas con tu familia? —le preguntó, para olvidarse de aquella horrible imagen.

La respuesta de Jago fue apartar el brazo.

—Será mejor que sigamos subiendo.

—No, cuéntamelo.

—Te lo contaré cuando salgamos de aquí. Mientras tomamos una cerveza bien fría.

—¿Otra cita?

—Eso parece.

El ascenso era mental y físicamente agotador. Palpando en la oscuridad para encontrar algo a lo que agarrarse, convencido de que cada vez que caían piedras era una nueva sacudida, el peor miedo de Jago era alargar la mano y encontrar sólo una pared lisa.

Había sido escalador cuando era más joven, pero aquello era una locura. Tampoco él se habría quedado esperando que los rescataran, pero temía que Miranda perdiese pie, temía oírla gritar y no poder hacer nada.

En realidad, no podía hacer nada más que seguir y guiarla hacia los repechos, rezando para que aquello no fuera un callejón sin salida.

Además, ella estaba aguantando como una valiente.

—¿Qué tal estás?

Si hubiera sido físicamente posible, Manda habría soltado una carcajada.

¿Qué tal estaba? Lo diría de broma.

—Bien —consiguió decir.

Era mentira. No estaba bien. En absoluto.

Le dolían los brazos, los hombros, los dedos. Sus muslos echaban fuego y ya no podía sentir los pies. Estaba moviéndose como un autómata.

Entonces, cuando sus dedos cubiertos de sudor, o de sangre, resbalaron en la piedra, se dio un golpe en la frente y, por un momento, todo empezó a dar vueltas. Mientras se sujetaba con las uñas consiguió decir:

—Si me caigo, no bajes a buscarme.

Jago se detuvo.

—No vas a caerte.

—Prométemelo —insistió Manda—. Tienes que salir de aquí. Quiero que mi familia sepa lo que ha pasado.

—Como que podría mirarlos a los ojos y decirles que te dejé en el templo sin saber si estabas viva o muerta —replicó él—. Deja de decir tonterías y sigue moviéndote. Ya casi hemos llegado.

—Sí, claro.

—Mueve el pie izquierdo hacia arriba y encontrarás un sitio en el que apoyarlo. Con cuidado —le advirtió.

Manda movió el pie, pero el saliente se desintegró bajo su peso. Las pocas uñas que le quedaban rozaron una pared lisa, pero intentó agarrarse como pudo, sujeta por un pie y unas yemas de los dedos despellejadas, en una negrura que parecía tragársela.

Había estado tantas veces ahí, en su cabeza… Pero aquello era real. Esa vez de verdad iba a caer al abismo para no volver nunca. Sólo tenía que soltarse…

—¡Muévete! —el grito de Jago hizo eco en las ruinas del templo.

¿Como se atrevía? Ivo nunca le había gritado. Siempre había sido amable, convenciéndola de que todo estaba bien, de que merecía la pena vivir…

—Venga, que no tenemos todo el día.

—Serás imbécil… —murmuró Manda, cuando por fin su pie tocó algo firme. Pero le temblaban tanto las piernas que no podía moverse.

—¡Sube aquí arriba y dime eso si te atreves!

—¿Qué pasa, Jago? ¿Tienes prisa por recibir otra patada?

—Estoy deseándolo, cariño.

—¡Voy para allá!

—Promesas, promesas. ¿Estás lista para otro beso?

El subidón de adrenalina fue tan fuerte que no esperó que la guiase. Sin saber cómo, movió el pie buscando otro saliente… y lo encontró. Había sobrevivido a ese momento de pánico, el negro momento en el que caer casi habría sido un alivio.

Había logrado seguir adelante.

Él le había hecho seguir adelante.

Jago.

—El siguiente paso es más difícil. Levanta una mano, yo tiraré de ti.

La oscuridad amenazaba con tragársela de nuevo, así que Manda levantó la mano, desesperada, buscando la suya. Por un momento, sus dedos rozaron los de Jago… pero la mano desapareció.

Estaba sola.

—Estás muy lejos.

—Espera un momento. Vamos, inténtalo otra vez.

Volvió a rozar su mano, pero no podía agarrarla.

Jago se mordió los labios mientras hacía un esfuerzo inhumano para agarrarla por la muñeca.

—Dame la otra mano.

¿Soltarse de la pared?

¿Poner su vida en las manos de otra persona?

Durante ese segundo de duda, otra sacudida movió la pared y el saliente en el que estaba apoyada se hundió.

Jago consiguió sujetarla. El brazo prácticamente se le salía hombro por el peso, mientras Miranda intentaba encontrar un lugar firme en el que apoyar los pies.

Caían piedras sobre ellos llenando el aire de polvo pero, afortunadamente, el temblor terminó pronto. Los pies de Miranda conectaron con algo sólido y logró llegar al repecho en el que estaba Jago.

Él la abrazó, aún con un terrible dolor en el hombro y en la cabeza.

—¡Idiota!

—Sin la menor duda —suspiró él.

Miranda tenía la garganta llena de polvo, pero algo tan insignificante como eso no iba a detenerla.

—¡No vuelvas a hacerlo!

—Te lo prometo —Jago podría haberse reído si no le doliera tanto el hombro.

—Te lo digo en serio. No merece la pena que mueras por mí, ¿me oyes?

Él lo oyó, sí; oyó el dolor que había en esas palabras. No era sólo una reacción al miedo, lo decía en serio. Y, a pesar del dolor, la abrazó de nuevo.

—No merezco la pena…

Miranda había dejado de pelear y sólo el ligero movimiento de sus hombros delataba que estaba llorando.

Pero tenía todo el derecho del mundo a gritar, a patalear o a llorar después de lo que habían pasado. En realidad, él habría preferido las patadas o los gritos. Cualquier cosa para no tener que preguntarle por qué creía que no merecía la pena.

No quería saberlo. No quería involucrarse de tal manera.

Pero, aunque no quisiera, reconocía que era una batalla perdida. La vida de Miranda le pertenecía a él, como la suya propia le pertenecía a ella.

Desde el momento que alargó una mano en la oscuridad y conectó con aquella mujer, su supervivencia había estado intrínsecamente unida. Pasara lo que pasara en el futuro, aquel día, aquellas horas, los unirían para siempre.

Y aún no habían escapado del peligro.

—Venga, no llores —le dijo, sacando el faldón de su camisa para pasarlo por su cara—. Ponte en cuclillas y apóyate en la pared… así, ¿ves? Hasta podemos sentarnos —sin pensar, Jago le dio un beso en la mejilla para que se le pasara el susto.

—No hagas eso —dijo Miranda, apartando la cara.

Era más de lo que podía soportar. La inocencia del gesto… casi como si fuera una niña.

No había llorado en años y estaba segura de que no le quedaban lágrimas. Pero aquel extraño había arriesgado su vida para salvar la de ella.

—Deberías haberme dejado caer. Te dije que…

—La próxima vez —la interrumpió Jago.

Manda cerró los ojos para contener las lágrimas.

—¿Es una promesa?

—Es una promesa.

—Muy bien entonces.

—Tienes mi palabra de que la próxima vez que tengas que escalar el muro del Templo de fuego a oscuras no te ayudaré.

—¿Qué? ¡No!

—¿No te referías a eso?

—Tú sabes que no. Aún no hemos salido de esta trampa y ¿para qué vamos a morir los dos?

—Ninguno de los dos va a morir —dijo Jago.

—Ojalá yo tuviera tanta confianza.

—Tienes algo mucho mejor, Miranda Grenville. Me tienes mí.

Era una tontería, pero la risa de Miranda le dijo que había hecho bien en soltar esa bravuconada.

—Yo te tengo a ti y tú tienes que cargar conmigo. Una mujer incapaz de aceptar órdenes y con total desconfianza hacia los demás. Podríamos haber muerto los dos, Jago.

—Deja de pensar en ello. Uno reacciona como está programado para hacerlo.

—Y tú estás programado para ser un héroe —Manda puso una mano sobre su pecho—. Gracias por sujetarme.

—No te pongas pesada.

—Bueno ¿qué hacemos ahora, valiente líder? Aún no hemos salido de aquí.

—Vamos a descansar un momento. Incluso podríamos dormir un rato.

—¿Dormir?

—¿Qué pasa, princesa? ¿Echas de menos tus sábanas de seda y tus almohadas de plumas?

—¿Sábanas de seda? Por favor… —Manda hizo una mueca.

—¿Tienes frío?

—No, aunque hace más frío aquí arriba, el aire es más fresco.

¿No crees que la salida esté cerca?

—Claro que sí, pero no sabemos dónde. Mira, se pueden ver un par de estrellas por esa abertura…

—Ah, es verdad. ¿No podemos seguir?

—Tenemos que recuperarnos un poco antes de intentarlo.

—Podríamos hacer más fotografías.

—Si esperamos un poco más, se hará de día. No tiene sentido arriesgarse tontamente.

—Es más fácil ser valiente cuando no puedes ver el peligro.

—Confía en mí.

—Confío en ti —suspiró Manda—. Es este sitio, me da escalofríos.

—¿Te da miedo la oscuridad? Ven, apóyate en mí y te contaré un cuento —sonrió Jago.

Mientras ella permanecía inmóvil, él le habló de la gente que había construido el templo, de cómo vivían, a qué dioses adoraban.

Pensó que se sentiría más cómoda si supiera que no hacían sacrificios humanos, que su «fuego» no era algo temible. Que, cuando había luna llena, hacían una hoguera en el altar y echaban lirios del bosque para que el águila pudiese respirar su dulce aroma y llevarlo sobre sus alas como un regalo para la luna.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Porque esculpían figuras en las paredes, describían las ceremonias en pictogramas. Además, el laboratorio ha analizado las cenizas que encontramos bajo capas y capas de tierra.

—Eso es muy bonito, Jago. ¿Por qué el guía no nos lo contó?

—Porque el guía no lo sabe. Aún no he publicado ninguno de mis hallazgos.

—¿Pero esa mujer…?

—Vamos a dejarlo —la interrumpió él.

No quería pensar en Fliss. Estaba furioso con ella, furioso con Felipe pero, sobre todo, estaba furioso consigo mismo. Todo era culpa suya. Si no hubiera sido tan cabezota, tan decidido a guardar lo que había descubierto para sí mismo…

—Ahora te toca a ti. Dime de qué estás huyendo, Miranda.

Capítulo 8

—¿Quién ha dicho que esté huyendo de nada? —preguntó Manda.

—Has dicho que te habías tomado unas vacaciones de tu familia —le recordó él—. Eso es un eufemismo como cualquier otro para decir que estás huyendo de algo que no te gusta. Además, no compruebas tus mensajes, no envías postales a casa…

Ella respiró profundamente y Jago pensó que iba a decirle que se metiera en sus asuntos. Pero no lo hizo. No dijo nada en absoluto durante largo rato hasta que, por fin, rompió el silencio:

—De mí misma.

—¿Qué?

Él había imaginado un fracaso profesional, una pelea familiar, una aventura amorosa que salió mal… o las tres cosas.

—Durante toda mi vida he estado huyendo de esta horrible criatura a la que nadie podía amar.

Era, pensó Jago, uno de esos momentos en los que uno desearía no haber preguntado.

Como cuando de niño metió un palo en el hueco de un árbol y se encontró un avispero. Era algo que, de verdad de verdad, uno querría no haber hecho.

Pero no había forma de escapar de las consecuencias.

—¿Nadie?

Ella se encogió de hombros.

—Ivo, mi hermano, hizo lo que pudo por mí. Y a cambio, yo estuve a punto de llevarlo al borde del precipicio conmigo. Aunque en esa ocasión era un precipicio mental.

—¿Sufriste una crisis nerviosa o algo parecido?

—Así lo llamaron los médicos. Y ellos convencieron a mi hermano de que lo mejor para mí sería estar ingresada durante un tiempo.

De repente, Jago se dio cuenta de lo difícil que tenía que ser para ella contarle eso a un extraño.

Las enfermedades mentales seguía siendo un tema tabú.

—Pero sobrevivisteis, ¿no? Y ahora eres la madrina de su hija.

—Sí, claro. Mi hermano es muy fuerte, pero fue terrible hacerle pasar por eso.

Y entonces, como si se arrepintiera de haberle contado eso a un extraño, intentó apartarse, distanciarse de él.

—¡No te muevas! No me apetece nada volver a bajar para recoger tus pedazos.

—Te he dicho…

—Ya sé lo que me has dicho. Si te caes, debo dejarte ahí para que te pudras. Pero lo siento, yo no puedo hacerlo como no pudo hacerlo tu hermano.

Manda dejó escapar un suspiro.

—Empecé muy joven —dijo, pensativa—. Probando mis habilidades con las niñeras. Provocaba disturbios en la guardería…

—¿Disturbios? —rió Jago.

—¿Qué te parece ir a la guardería con sapos, arañas y hormigas?

—¿Hormigas?

—De esas grandes, rojas.

—Eras un monstruito, ¿eh?

—Hacía lo que podía —sonrió Manda—. Me echaron de tres colegios antes de que me diera cuenta de que todo eso era una pérdida de tiempo. Si tu familia tiene dinero suficiente y contactos suficientes, siempre hay otro colegio.

—¿No te gustaba el colegio?

—Claro que sí, me encantaba. En realidad, hacer que me echasen era lo que se conoce como escupir al cielo.

En otras palabras, pensó Jago, que buscaba atención de la gente que debería haberle prestado atención. Y para demostrarle que, pasara lo que pasara, él estaría a su lado, le pasó un brazo por los hombros… y tuvo que disimular un gesto de dolor.

—¿Estás bien?

Miranda no había visto el gesto de dolor, pero debía de haber notado algo.

—Sí, estoy bien —mintió él—. Un momento… Ivo. ¿Ivo Grenville es tu hermano?

—Ivan George Grenville —suspiró Manda—. Genio de las finanzas, filántropo, consejero de jefes de estado. Supongo que habrás oído hablar de él.

—Yo estaba pensando en un chico de mi colegio que se llamaba así. Iba un año por delante de mí… ¿ése es tu hermano?

—Imagino que sí.

—Sus padres nunca iban a buscarlo, ni siquiera cuando le daban algún premio.

—Sí, ése era Ivo.

Jago se quedó pensando un momento.

—Mis padres fueron a buscarme un día para llevarme a comer y me dio tanta pena verlo solo que estuve a punto de preguntarle si quería ir con nosotros.

—Pero no lo hiciste.

—¿Cómo lo sabes?

—No te estoy criticando, Jago. Es que conozco a mi hermano. Nunca ha querido mostrarse débil con nadie, ni siquiera conmigo. Hasta que conoció a Belle, pero ésa es otra historia.

—Bueno, pues lamento no haberlo invitado.

—Ivo decidió lidiar con el rechazo de nuestros padres construyendo un muro de cristal a su alrededor. Yo, por otro lado, decidí montar numeritos para que se fijaran en mí.

—¿Y qué hiciste cuando se acabaron las arañas, pegarle una patada a la directora del colegio?

—¿Vas a perdonarme algún día por eso?

—Nunca —contestó él. Y la idea de tomarle el pelo con eso durante los próximos cincuenta años le sonaba estupenda, además—. Háblame de tus padres. ¿Por qué eran así de fríos?

—Mis padres sólo tenían tiempo para ellos mismos.

—¿Y para qué se molestaron en tener hijos?

—Producir herederos era lo que todo el mundo esperaba de ellos. El apellido Grenville y la fortuna familiar tenían que ser preservados.

—Ah, claro, qué tontería.

—Los habían educado así. Toda mi familia era así. Por un lado tenemos aristocracia rusa, que nunca aceptó que el mundo había

cambiado. Por otro, la clase de gente que paga a otros para llevar sus casas y cuidar de sus hijos. Mis padres tenían cosas más interesantes que hacer.

¿Qué podía ser más importante que cuidar de tus propios hijos?, se preguntó él. Entonces recordó a su madre dándole un besito en el codo cuando se cayó de la bicicleta. Recordaba su sonrisa mientras le decía: «ya no te duele, ¿verdad?».

Jago sacudió la cabeza.

—Increíblemente egoísta —murmuró—. Pero al menos eran honestos. Al menos no fingían.

—Fingir habría sido un esfuerzo para ellos —Manda levantó la cabeza—. ¿Eso hacían tus padres, fingir?

La pregunta lo pilló por sorpresa. Él no hablaba nunca de su familia. Había querido olvidar esa parte de su vida. Hasta que el olor a romero había despertado el recuerdo de un chico con su bicicleta.

Mentiras, mentiras, mentiras.

—¿Jago?

Había pronunciado su nombre en voz baja, pero hasta eso era una mentira. Jago no era su verdadero nombre. Estaban solos, a oscuras, en un mundo roto, apoyándose el uno en el otro para sobrevivir y Miranda tenía derecho a saber su verdadero nombre.

—Nick.

—¿Qué?

—Mi nombre es Nick.

—Nick…

Hacía tanto tiempo desde la última vez que alguien lo llamo así que fue como si algo se rompiera dentro de él.

—Estaba en el último año de carrera cuando un periodista fue a buscarme a la facultad.

Manda apretó la mano con que sujetaba su cintura y las palabras, escondidas dentro de su corazón durante tanto tiempo, empezaron a salir:

—Mi padre se dedicaba a la política, era miembro del gobierno. El periodista me preguntó si sabía que tenía una aventura con una mujer de su oficina de Londres, una de sus ayudantes. Y me contó que tenía una hermanastra de catorce años.

Jago se mordió los labios. Nunca hablaba de ellos, nunca.

—Nick —Miranda volvió a decir su nombre, bajito.

No debería habérselo contado. Nadie lo había llamado así en quince años y ese nombre despertaba recuerdos muy dolorosos.

—Fue entonces cuando descubrí que todo eso de las «familias felices» no era más que un cuento.

—Debió de salir en las noticias entonces, pero no recuerdo el apellido.

—Fue hace quince años —suspiró Jago—. Un jugoso escándalo político que no pasó desapercibido para nadie.

No sólo habían sido los periódicos. Su padre, el paradigma del hombre perfecto, con una sólida vida familiar, se convirtió en objeto de cotilleos en todas las televisiones. Los cómicos lo pasaron en grande con él.

—Había sido un hombre muy respetado y, al final, lo recompensaron por toda una vida dedicada a su país, a su partido —siguió Jago—. O quizá el título nobiliario fue una recompensa para mi madre por haber guardado las apariencias durante tantos años, por hacer tan bien su papel de esposa perfecta. Pero, claro, ¿por qué iba a decir nada?

Era evidente que su madre conocía la aventura de su marido, que sabía lo de la niña… pero le gustaba demasiado su estilo vida y había elegido mirar hacia otro lado.

—¿Por qué dices eso?

—Mi madre pasaba fines de semana en casas de campo del ministro, iba a los viajes oficiales y disfrutaba de todas las ventajas de su posición. Ella fue quien consiguió el título nobiliario.

—¿Te dieron alguna explicación?

Nick sacudió la cabeza.

—Volví a casa esperando encontrar a mi madre destrozada y a mi padre avergonzado, haciendo las maletas… —la policía había tenido que abrirle paso para que pudiera entrar en la casa—. Pero nada había cambiado. Sólo era un día más en la vida de un político y pensaron que todo se olvidaría si mostraban un frente unido. Mi madre se puso furiosa conmigo porque no quise salir a la puerta a hacerme una fotografía con ellos. Dijo que le debía lealtad a mi padre, que el país lo necesitaba…

Aún podía verlos saliendo a la puerta para enfrentarse juntos

con las cámaras, del brazo, la pose sonriente. Aún podía oler el romero mientras los fotógrafos buscaban un primer plano, esperando encontrar el dolor, la vergüenza, bajo esas compuestas sonrisas.

—Lo que más me dolió fue que trataban a la otra mujer como si fuese un paria. Tuvo que dejar su trabajo, esconderse, pedir una orden de alejamiento para que la prensa dejara en paz a su hija… Tuvo que empezar de nuevo en otro sitio.

—¿No crees que ella tuvo su parte de culpa? —preguntó Miranda—. Esa mujer no era una víctima inocente.

—Ella no dijo absolutamente nada, no quiso hablar con los medios. Y, por supuesto, mi padre fue reinstaurado en su antiguo puesto antes de que terminase el año.

—Entonces, esa mujer estaba enamorada de él.

—Imagino que sí. O quizá lo hizo por su hija.

—O a lo mejor ella misma llamó a los medios para tener lo que tú tenías, para que tu padre reconociera a la niña públicamente. En su lugar, yo…

—¿Qué?

—En su lugar yo habría hecho eso —admitió Manda.

—Eso sería como meter un palo en un avispero —suspiró Nick —. Pobrecita…

—Pobrecita ella y pobrecitos todos vosotros. Dices que todo siguió como antes, pero no es verdad. Tus padres te perdieron.

—Las personas que yo pensé que eran mis padres no existían. Toda su vida era una charada.

—¿Toda su vida? ¿Incluso cuando iban a verte al colegio?

—Hacían lo que se esperaba de ellos, Miranda. Era como ir a la iglesia cuando había fotógrafos, pura hipocresía. No significaba nada.

—¿Y te cambiaste el apellido después de eso?

—Uso el de mi abuelo. Nada que ver con la aristocracia rusa, te lo aseguro. Sólo era un joven de Europa del Este que intentaba escapar de la pobreza. Así que ya ves, tenemos mucho en común —dijo Jago, irónico.

—¿No crees…?

—No —la interrumpió él. No podía seguir hablando de eso—. ¿Y tú? ¿Ves a tus padres? ¿Lograron encontrar tiempo para ir al bautizo

de su nieta?

Manda negó con la cabeza.

—Murieron en un accidente hace muchos años.

—¿Y cómo lo superaste?

—Cuando mis padres murieron todo cayó sobre los hombros de Ivo, pero se portó muy bien. Es un hermano maravilloso.

—No lo dudo, pero yo estaba preguntando por ti.

Miranda suspiró.

—Lo más difícil fue aceptar que, por mucho que hiciera, por buena que fuese, mis padres nunca lo verían. Nunca me dirían que todo iba a salir bien porque ellos me querían mucho…

Eso era lo que había deseado toda su vida.

—¿Y?

Ella no quería recordar aquel momento, frente a la tumbas de sus padres, queriéndolos y odiándolos al mismo tiempo.

Le gustaría ver a Nick. Ver sus ojos. En la oscuridad no podía usar esa fría e irónica sonrisa que había perfeccionado con los años, la que Ivo describía como una pared de ladrillo.

No tenía máscara bajo la que esconderse.

—¿Y? —insistió él.

—Y decidí buscar a alguien que me diese cariño. Una pobre niña rica buscando a alguien que la abrazase y le dijera que la quería. Absolutamente patético.

—¿Cuántos años tenías?

—Dieciocho.

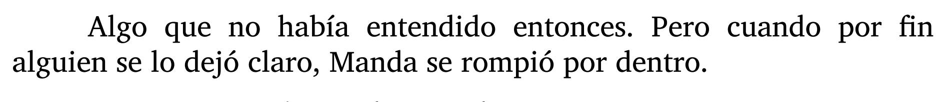
—Entonces imagino que no sería difícil encontrar a alguien.

—No, no fue difícil. Había muchos esperando echarme una mano. El problema no era encontrarlos, sino retenerlos —suspiró Manda. Aunque, mirando atrás, era fácil entender por qué—. Las mujeres desesperadas y necesitadas asustan a los hombres.

—Somos un género muy cobarde.

Ella sacudió la cabeza.

—No era culpa suya. Eran tan jóvenes como yo y buscaban a alguien con quien pasarlo bien. Sexo sin ataduras.



Algo que no había entendido entonces. Pero cuando por fin alguien se lo dejó claro, Manda se rompió por dentro.

—Creo que estás siendo muy dura contigo misma.

—¿Tú crees? Yo no.

—No hay sexo sin ataduras para las mujeres.

—Estás hablando de ese viejo mito. Los hombres confunden el amor con el sexo; las mujeres, al contrario.

—No creo que algo tan complicado como las relaciones entre los hombres y las mujeres pueda ser reducido a una frase tan simple.

—Sí puedes cuando tienes dieciocho años. Ningún hombre joven con el mundo a sus pies quiere estar atado por un hijo.

—¿Tuviste un hijo? —preguntó él, sorprendido.

—Pensé que si me quedaba embarazada, un hombre no podría dejarme. Era así de tonta y de irresponsable entonces.

—La gente hace locuras cuando es desgraciada.

—Pero utilizar a un niño… —Manda se encogió de hombros—. Por supuesto, él insistió en que abortase y… en fin, ya te he dicho que habría hecho cualquier cosa…

—¿Dónde está el niño ahora?

—Ah, piensas que seguí adelante con el embarazo. Qué generoso por tu parte.

—¿Estás diciendo que no fue así?

Estaban muy cerca el uno del otro y Manda se dio cuenta de que Jago contenía el aliento.

—Mi castigo es no saber lo que habría hecho. Estaba en la acera, mirando la clínica desde el otro lado de la calle, cuando me desmayé delante de un coche que avanzaba hacia mí.

—¿Perdiste el niño?

—No por el accidente. El conductor me salvó la vida dos veces ese día. Primero, por frenar a tiempo y luego, al darse cuenta de que me pasaba algo, por llamar a una ambulancia. Era un embarazo ectópico… no se pudo hacer nada. Pero cuando Ivo volvió de viaje yo estaba ya en casa. Un pequeño accidente de tráfico, nada importante.

—¿Nunca se lo contaste? ¿Perdiste el niño y no se lo contaste a tu hermano?

—El pobre tenía que cargar con todo y yo estaba tan

avergonzada…

—Pero no hiciste nada.

—Pensaba hacerlo, Jago. Estaba tan desesperada…

—¿Y ese hombre, el que te exigió que abortases? ¿Dónde estaba cuando pasó todo eso?

—Cruzando los dedos para que entrase en la clínica, supongo. No, eso es injusto. Fue al hospital a verme, pero yo no podía ni mirarlo. No quería ver su expresión de alivio, ni enfrentarme con lo que había hecho.

—Tú no habías hecho nada —insistió Jago, apretando su mano.

¿Pensaba que iba a ponerse a llorar otra vez? Antes, las lágrimas habían sido un alivio, una reacción normal en una situación de peligro. Pero aquello era diferente. No le quedaban lágrimas para llorar por sí misma.

—Nunca lo habrías hecho, Miranda —dijo él, apretándola contra su costado. Y siguió consolándola, diciéndole que no era culpa suya, que no debería culparse a sí misma.

Aquélla era la absolución con la que había soñado desde entonces, pero no se merecía ese consuelo. No había sido culpa de nadie más que de ella quedarse embarazada. Era su carga, su pérdida.

—¿Qué fue de ti después?

—El paso más lógico, supongo. Mis padres, mi novio, incluso el niño me habían rechazado. Lo único que me quedaba era dejar de comer —respondió Manda—. ¿Y tú?

—Miranda…

—No, ya hemos hablado sobre mí más que suficiente. Quiero que me cuentes algo sobre ti —insistió ella.

—¿Sobre qué, sobre mi carrera?

No, su carrera sería una salida fácil, una distracción; y se negaba a que la distrajera.

—De cuando te alejaste de tu familia.

Jago se encogió de hombros y, al hacerlo, dejó escapar un gemido de dolor.

—¡Estas herido!

—No es nada. Y no te muevas —dijo él—. En serio, sólo me ha dado un tirón. Necesito un poco de calor en el brazo y tú eres una

bolsa de agua caliente muy agradable.

Manda volvió a apoyarse en él.

—¿Así estás bien?

—Así es perfecto.

Demasiado perfecto.

—¿Y bien? —insistió Manda, decidida a no dejarse llevar por aquel deseo tan inesperado; un deseo que no tenía nada que ver con el miedo.

No quería desear a Nick Jago y mucho menos sentir algo por él.

Pero no era fácil cuando el hombre le había salvado la vida. Cuando su beso la había quemado por dentro.

Y lo último que deseaba era su compasión.

Capítulo 9

—Háblame de tu vida —insistió—. ¿Has estado casado alguna vez? ¿Tienes hijos?

—No y no.

—No que tú sepas —bromeó Manda.

—Ninguno. Yo no soy tan descuidado.

—Perdona, era una broma…

—No, perdona tú —dijo él entonces—. Es una de esas cosas que decimos los hombres para hacernos los importantes.

—Algunos hombres —asintió Manda—. ¿Has tenido alguna relación seria?

Estaban hablando demasiado, se daba cuenta. Pero al día siguiente, con un poco de suerte, estarían fuera de allí y no tendrían que volver a verse. Volverían a sus vidas y olvidarían que, encerrados en la oscuridad, habían compartido sus más oscuros secretos.

—Alguna.

—¿Y esa mujer, la que aparecía en el programa de televisión hablando del templo?

—¿Fliss? —suspiró Jago—. Cometí el error de pensar que estaba interesada en el sexo sin ataduras. Era una estudiante de Arqueología y, cuando apareció en la excavación, me alegré de contar con su ayuda. Un error gravísimo. Debería haber comprobado sus credenciales.

—Y no sus «credenciales» —lo interrumpió Manda—. Que, por otro lado, son bien visibles.

Jago soltó una carcajada.

—Sí, frívolo como todos los hombres. Y por eso recibí mi merecido.

—¿Ah, sí?

—Me ha puesto en ridículo. Aunque, al final, es posible que los dioses rían los últimos. El objetivo de todas esas invenciones que Fliss y el ministro de Turismo han publicado era que estos templos se convirtieran en una atracción turística, pero ya ves… ¿Y qué importa mi reputación? El sufrimiento causado por el terremoto es mucho más

importante.

Jago sacó la botella de coñac de la mochila y le ofreció un trago.

—No, gracias.

—Bebe un traguito para quitarte el polvo de la garganta —insistió él—. Y luego seguramente sería buena idea dormir un poco.

Manda tomó un sorbo de coñac y, por un momento, se quedó sin habla.

—Aggg… ¿La gente bebe esto de verdad?

—Sólo los más desesperados —admitió él.

—Sería más humano pegarse un tiro. ¿Me das la mochila?

Jago se la dio y al, hacerlo, no pudo contener un gemido.

Le dolía de verdad.

¿Sería un tirón muscular o se habría roto algo mientras intentaba sujetarla sobre el abismo? Manda no preguntó porque sabía que él lo negaría, claro.

De modo que sacó un pañuelo de papel de la mochila y levantó la mano de Jago, la mano que la había sujetado, a la que ella se había agarrado mientras la tierra se sacudía, y empezó a limpiarla.

—Manda…

—Deja que lo haga. Y no te preocupes, no voy a echarme en tus brazos.

—¿No? Entonces será mi mala suerte —sonrió Jago—. Bueno, ¿y ahora qué haces? Ahora que has dejado de buscar un hombre que te quiera.

—Trabajo mucho —contestó ella—. Solía trabajar para mi hermano, pero ahora tengo una productora de televisión con mi cuñada. Yo soy la organizadora, la coordinadora, me encargo de investigar… Hago el trabajo de campo para que Belle se ponga delante de las cámaras y haga llorar a la gente.

—A lo mejor debería ser al revés.

—No, recientemente hemos ganado un premio por un documental, así que prefiero dejar las cosas como están.

—¿Qué clase de documental?

—Nada que ver con mochilas de diseño.

—Ya me imagino.

—Era sobre los niños de la calle, algo que mi cuñada insistía en hacer.

—¿Seguro que fue cosa de tu cuñada?

Manda tenía que admitir que era listo.

—Su hermana y ella vivieron algún tiempo en la calle cuando eran pequeñas. Y su historia pone mi patética infancia en su sitio, te lo aseguro. Bueno, ¿qué tal la cabeza?

—Sigue ahí, creo.

—Tu sentido del humor sigue intacto, al menos. Déjame ver… —Manda tomó su cara entre las manos.

Hacía tanto tiempo que no tocaba a un hombre que tuvo que contenerse para no acariciarlo. En lugar de eso, apartó su pelo buscando el hematoma de la frente.

—Será mejor que lo limpie —murmuró, sacando otro pañuelo de papel.

—Yo puedo…

—Calla.

—Puedo hacerlo solo —insistió él—. Claro que, ¿para qué cuando tengo a una bella mujer haciendo de enfermera?

Manda bajó la mano de repente.

El golpe en la cabeza debía de haberle perjudicado el cerebro, pensó Jago. Él no solía coquetear con las mujeres, pero desde que despertó y oyó la voz de Miranda Grenville en la oscuridad era como si caminase por un cable eléctrico.

Quizá burlar a la muerte le diera a uno valor para decirle esas cosas a una mujer. Una mujer que guardaba un corazón blando y dolorido bajo una coraza de hierro.

—No sabes si soy guapa o no.

—Sé que tienes una buena estructura ósea. Y una cara de rasgos fuertes.

—Una nariz grande, quieres decir —suspiró ella, después de limpiar su frente con el pañuelo—. Bueno, ya está.

—Te falta un poquito, aquí —bromeó Jago, tomándole la mano para llevarla a su frente de nuevo.

—¿De verdad? A lo mejor deberíamos encender la linterna.

—No quiero que se gaste la pila. ¿Dónde estábamos? Ah, tu

nariz. ¿Es grande? Yo diría que es interesante.

—Qué mentiroso eres, Nick Jago.

—Y tienes el pelo liso, muy oscuro.

—¿Cómo sabes que tengo el pelo oscuro? ¿Me has hecho una fotografía sin que me diera cuenta?

—¿Como recuerdo de un día tan especial, quieres decir? Debería hacerlo ahora.

—Ni se te ocurra —Manda se movió instintivamente para proteger el móvil, guardado en el bolsillo de la camisa—. ¿Quién quiere un recordatorio de esta tragedia? Además, tú mismo has dicho que debemos conservar las pilas.

—Bueno, como quieras. Pero sé que tienes el pelo oscuro porque si fueras rubia lo habría visto al encender tu fabulosa linterna.

—Ah, claro —sonrió ella—. Tú también tienes el pelo oscuro. Y ondulado. Y necesita un buen corte, por cierto. Lo vi cuando encendiste la cerilla. Ah, y eres zurdo.

—¿Cómo sabes eso?

—Tienes callos en el pulgar de la mano izquierda, así que supongo que es con esa mano con la que sujetas las herramientas —dijo Manda—. Además, es la mano con la que me sujetaste cuando estaba a punto de caer.

La mano con que la había sujetado cuando insistía en que no merecía que muriese por ella. Porque una vez, joven y desesperada, había considerado la idea de interrumpir un embarazo.

¿Había estado castigándose a sí misma por ello durante todos esos años?

—Tú mereces la pena, Manda —dijo entonces—. No, eso suena fatal. Tú mereces algo mejor que ese tonto diminutivo. Eres una mujer fabulosa, Miranda. Una superviviente.

—Gracias…

Jago notó el roce de su pelo en la mano antes de sentir el calor de sus labios. Un simple beso y algo dentro de él se contrajo… se expandió, no podría haber dicho qué pasó. Sólo que aquel beso lo había conmovido más que nada en toda su vida.

Fue Miranda quien apartó las manos y rompió el silencio para rescatarlo de un momento en el que podría haber dicho y hecho cualquier cosa.

—En realidad, no soy la única que tiene una nariz interesante. Tú la tienes rota.

—¿Has visto todo eso a la luz de una cerilla?

—Tú estabas mirando alrededor, yo estaba mirando al borracho con el que me había quedado encerrada.

—¡No estaba borracho!

—Ah, pero yo creía que sí.

—Un golpe en la cabeza le hace eso a un hombre.

—¿Una conmoción cerebral?

—Espero que no. Pero el tratamiento es descanso y tomar muchos líquidos.

—¿Hablas por experiencia?

—Bueno, ya sabes cómo es.

—Pues no, no lo sé. Supongo que es una cosa de chicos. Y, además, no te he visto la nariz, sólo la he tocado.

Miranda estaba sacudiendo la cabeza. Podía sentir cada uno de sus movimientos. Sin verla, incluso sin que hablase, cualquier perturbación en el aire se amplificaba de tal modo que su cerebro era capaz de crear una imagen. Como su voz; no sólo oía lo que estaba diciendo, también podía oír lo que no decía.

—La toqué cuando estaba quitándote el polvo de la cara —siguió ella.

—Y tendrás que admitir que no es fácil perderse mi nariz.

—No es fea, sólo un poco torcida. ¿Qué te pasó?

—Fue en el colegio, durante un partido de rugby —contestó Jago—. Me lancé sobre una pelota cuando otro chico iba a darle una patada.

—¡Ay!

—No sentí nada, te lo aseguro —sonrió él, recordando ese momento, tantos años atrás—. Conseguí evitar el gol que nos habría hecho perder el partido, así que podría haber tenido rota una pierna y no me hubiese dado cuenta. Pero me dio rabia tener que ir al hospital en lugar de ir con…

No terminó la frase.

—¿Con quién? ¿Con tu padre? ¿Había ido a ver el partido?

—Sí.

¿Cómo podía un monosílabo tener tantos significados?, se preguntó. Su padre había estado allí. Incluso en medio de las elecciones, había dejado de hacer lo que estaba haciendo para ir a ver a su hijo.

—Sí —repitió—. Mi padre había ido a ver el partido.

—¿Para hacerse la fotografía de rigor? —preguntó Miranda—. ¿El político con su hijo ensangrentado en el colegio? Habría quedado muy bien en los periódicos.

—¡No! —el tono irónico lo obligó a defender a su padre.

—¿No?

—No había fotógrafos.

—¿No había fotógrafos? Pero tú has dicho antes que eso era lo único que interesaba a tu padre.

Se hacía la inocente, pero Jago sabía lo que estaba haciendo.

—¿Entonces, qué? —siguió Miranda—. Había ido a ver un partido de su hijo, sin fotógrafos, sin publicidad.

—Eres una bruja, Miranda Grenville.

—Me han llamado cosas peores —dijo ella sonriendo.

—Te creo. Era mi cumpleaños esa semana, cumplía dieciocho. Mi padre hizo el viaje desde Londres para ver el partido y luego pensaba invitarme a cenar.

—¿Y te perdiste la cena por el golpe?

—Bueno, estuvimos en la sala de espera del hospital comiendo sándwiches mientras esperábamos que me atendieran.

—¿Esperando? ¿Estás diciendo que el hijo de un conocido político no fue atendido inmediatamente antes que los demás?

—Los médicos estaban ocupados con cosas más importantes, pero dio igual. Charlamos sobre lo que iba a hacer cuando terminase el instituto, sobre las elecciones. No solía estar a solas con él, así que…

—Así que no fue una pérdida de tiempo.

—No, al contrario —admitió Jago.

Había sido la última vez que estuvieron solos. A su padre le dieron un puesto importante en el gobierno después de las elecciones y él se marchó a la universidad.

Manda se incorporó un poco para ponerse en cuclillas mientras Nick, sin darse cuenta, recordaba una maravillosa tarde con su padre. ¿Se daría cuenta de lo afortunado que había sido?

Ojalá tuviera ella un recuerdo así.

Un día en el que su padre o su madre hubieran encontrado un hueco en sus apretadas agendas sociales para ir a verla al colegio. O que su cumpleaños hubiera sido algo más que una fecha en el calendario de una secretaria.

—Supongo que ahora vas a decirme que debería recordar los buenos momentos y olvidar los malos.

—No me atrevería a sugerir tal cosa.

—No seas tan modesta, Miranda. Los dos sabemos que eso era exactamente lo que ibas a hacer.

—Pues entonces los dos nos equivocamos —replicó ella, con vehemencia—. Te diría que lo recordases todo, cada cosa. Lo bueno, lo malo, lo regular… y que dieras gracias por cada momento —al darse cuenta de lo que estaba diciendo, se echó atrás—. Perdona, ya sé que no es asunto mío.

La roca se estaba clavando en sus rodillas y cambió de postura.

—Apóyate en mí, estarás más cómoda —suspiró Jago—. Cuéntame uno de tus recuerdos, Miranda. Tu primer día de colegio, por ejemplo. ¿Qué tal fue, espantoso?

—No fue muy agradable, no. Todas las demás niñas llegaban con sus madres, pero la mía estaba en otro sitio —dijo ella, suspirando—. ¿Cuándo era, septiembre? Ah, entonces estaría de cacería en Escocia, probablemente. En fin, yo le dije a la infortunada niñera de turno que me llevase a casa porque era evidente que tenía que ser mi madre quien me llevara al colegio.

—¿Y qué pasó?

—¿Tú qué crees? La pobre mujer estaba deseando librarse de mí y me obligó a entrar en el colegio llorando y pataleando. Una primera impresión que no mejoré con el paso de los días. ¿Y tú? ¿Qué tal tu primer día de colegio?

—Mi madre lloró. Yo estaba tan avergonzado que, a partir de entonces, le pedí que me dejase a unos metros de la puerta.

—Pobrecilla.

—¿Y yo qué? Tuve que vivir con esa vergüenza.

—Qué horribles niñatos éramos los dos.

—Teníamos cinco años, se supone que debíamos ser así.

—Sí, claro.

—Háblame de tu primer beso.

Miranda suspiró.

—Tenía catorce años, esa edad horrible en la que te crees una adulta, pero no lo eres. Cuando besar es un deporte de competición, algo que diseccionas al detalle con tus amigas, dándoles puntos por méritos artísticos y técnicos. El mío fue con un chico que se llamaba Jonathan Powell, que tenía acné y un aparato en los dientes. Cuando comparé notas con mis amigas omití todo eso, claro. ¿Y tú?

—Trece años y se llamaba Lucy. Y creo que ella debía de haber practicado ya porque lo pasé muy bien.

—Ah, no sólo un niñato, sino un niñato precoz.

—Cuéntame algo que te haya pasado, algo que recuerdes a menudo.

—¿Algo que recuerde a menudo? Hay una cosa, pero no tiene nada que ver con el colegio. Un día, en Londres, iba en un taxi con Daisy, la hermana de mi cuñada y mi colega ahora. Habíamos viajado por el Tercer Mundo buscando localizaciones para filmar un documental sobre niños que viven en la calle y, de repente, Daisy le pidió al taxista que parase un momento… y me llevó a un callejón.

Aún podía verlo, olerlo.

—Estábamos en una de las comunidades más ricas del mundo, a pocos metros de lujosas tiendas y restaurantes de cinco tenedores. Y había una niña en el callejón, Rosie, buscando comida en un cubo de basura —Miranda tragó saliva—. Yo sabía que esas cosas existían, pero no tan cerca de mi casa. Y verlo con mis propios ojos…

—No es culpa tuya.

—¿No es culpa de todos los que apartamos la mirada? Me sentí tan impotente… Hacía un frío horrible y me habría gustado tomarla en brazos y llevármela a casa, pero Daisy se acercó y la ayudó a buscar lo mejor entre la basura. Fue lo más horrible que he visto en toda mi vida. Pero ella había pasado por eso, lo había vivido. Sabía cómo conectar con la niña. Y fue la historia de Rosie lo que tocó el corazón de la gente, la razón por la que enviaron cartas de protesta al gobierno. Su carita sucia y desafiante en las portadas de los periódicos, mirando la pantalla, eso fue lo que nos hizo ganar un

premio.

—¿Y te sientes culpable por eso?

—¿No te sentirías culpable tú? ¿Dónde estaba Rosie mientras nosotras recogíamos el premio con un vestido de diseño?

—¿Y qué puedes hacer, Miranda? ¿Llevarte a casa a todos los niños que viven en la calle? Tu trabajo era contar la historia, decirle al público que hay niños que viven en la calle, nada más. Con ese documental ayudaste a todos los niños, no sólo a uno. ¿Qué fue de Rosie, lo sabes?

Miranda negó con la cabeza.

—Como te puedes imaginar, hubo docenas de parejas que quisieron adoptarla.

—¿Y tú no?

—No, yo no. ¿Tú sabes lo difícil que es educar a un niño que nunca ha tenido el cariño de nadie? ¿Te imaginas lo difícil que es convencerlo de que vas a cuidar de él, de que no vas a dejarlo tirado? Te va a retar todos los días.

Jago levantó una mano para tocar su cara y, como imaginaba, estaba llorando.

—Algo que tú sabes muy bien, ¿no? Eres dura, sí. Dura como una nube de algodón.

Miranda le dio un codazo en las costillas.

—¡Ay!

—¿Qué esperabas? Dura como una nube de algodón… ¡No te lo crees ni tú!

—¿No? Bueno, a lo mejor no.

—Soy dura como… el regaliz. Pero para que esté duro tienes que meterlo en la nevera.

—Quizá deberíamos dejar de hablar de comida.

—Aún me quedan caramelos. Son tuyos si los quieres.

—Mejor los guardamos para el desayuno —suspiró Jago, pensativo—. Miranda, cuando salgamos de aquí deberías buscarla.

—¿A quién?

—A esa niña, Rosie.

—No, no sería justo para ella.

—Pero lo has pensado, ¿verdad?

—Le será difícil acostumbrarse a una nueva vida completamente diferente a la que conoce. Lo que le faltaba es tener que lidiar con alguien como yo.

—Entonces, a lo mejor podrías observarla a distancia. Así te quedarías tranquila. Y estarías ahí, en caso de que necesitara un hada madrina.

—Los niños no necesitan hadas madrinas, lo que necesitan son padres de verdad que estén a su lado cada día, llueva o truene, haciendo las cosas aburridas que hacen todos los padres.

Nick sabía que tenía razón. Y sabía que estaba hablando de algo más que de una niña cuya vida ella había cambiado.

—Crees que he sido muy duro con mis padres, ¿verdad?

—Sí… no. No lo sé —suspiró Miranda—. Pero estaba pensando qué pasaría si alguno de los dos se pusiera enfermo. Si tu madre te necesitara, si tu padre quisiera hacer las paces contigo… Imagina que perdieras la vida aquí, sin haberles dicho nunca cuánto los quieres.

—¡No los quiero!

—Pues claro que los quieres. Sólo te duele cuando quieres a alguien.

Sus palabras parecían hacer eco en la oscuridad, llenando el espacio, llenando su cabeza hasta que, desesperado, tuvo que decir:

—No vamos a morir aquí, Miranda.

Capítulo 10

Miranda contuvo el aliento y, por un momento, pensó que no iba a poder soltarlo.

—Parece que ha pasado un siglo desde que me senté un rato en ese camino, deseando estar en cualquier otro sitio.

—Ya sabes lo que dicen: ten cuidado con lo que deseas.

—Gracias —bromeó ella, sacando el móvil del bolsillo para comprobar la hora—. Lo recordaré la próxima vez. ¿Cuánto tiempo falta para que amanezca?

Jago miró la pantalla.

—Un par de horas. ¿Por qué no compruebas los mensajes? —le preguntó, en un intento de conectar con la realidad, con el mundo de fuera.

—La batería…

—No vamos a ir a ningún sitio hasta que amanezca —le aseguró él—. Mándale un mensaje a tu familia diciendo lo que sientes.

—No, gracias. Además, no hay cobertura. Ah, ya te entiendo, lo que quieres es que escriba mi último mensaje. Algo que puedan leer, por si no logramos salir de aquí.

¿Había querido decir eso? Quizá.

Al menos ella tenía a alguien a quien dejarle un mensaje.

—Vamos a salir de aquí —repitió Jago, con más convicción de la que sentía en realidad.

A saber lo que revelaría la luz del día. Quizá aún les quedara un largo trecho que escalar. Ahora estaban más débiles que cuando empezaron y él tendría que moverse apoyándose sólo en una mano. Si Miranda tropezaba… no sería capaz de sujetarla.

—Vas a verlos cundo salgamos de aquí, pero si les dejas un mensaje te sentirás mejor.

—Pero no puedo enviarlo, no hay cobertura.

—Escríbelo de todas formas. No te cuesta nada.

—Muy bien, lo haré. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿No quieres enviarle un mensaje a nadie?

Jago sabía lo que le estaba diciendo: que enviara un mensaje a sus padres. Y entendía que a Miranda le resultase tan difícil comprender que se hubiera alejado de ellos. Pero sus padres habían sido toda su vida. Lo habían educado para creer en cosas como la integridad y la verdad. Había creído en ellos. Había creído una mentira.

—Prefiero uno de esos besos, si te sobra alguno —le dijo, intentando cambiar de tema.

Manda sabía que iba a hacer eso, otra broma para que le diera un codazo en las costillas, para distraerla.

Pero en sus palabras oyó algo más.

En alguna parte, escondido tras la broma, vio algo que reconocía.

Nick Jago, para olvidar la oscuridad, para distraerla de su miedo, había compartido su vida con ella. Para que no se sintiera tan sola había expuesto una herida íntima, tan profunda que incluso lo había obligado a cambiar su apellido.

Y ella entendía ese dolor. Sabía que, para mantenerlo escondido, había que llevar una máscara cada día. Hasta que esa máscara se convertía en parte de uno mismo, hasta que incluso los más cercanos creían que ésa era la persona que eras.

Uno mismo lo creía. Y a menos que alguien se arriesgase a salvarte, a menos que alguien se atreviera a entrar en la oscuridad para liberarte, uno se iba encogiendo hasta que una parte vital moría del todo.

Nick Jago la había salvado de la muerte. ¿Qué habría que hacer para salvarlo a él de la muerte en vida a la que se había condenado a sí mismo desde hacía tiempo?

—¿Un beso? —repitió.

Sobre ellos, en el diminuto trozo de cielo que era visible desde allí, Venus brillaba como un faro de esperanza.

—¿Sería un besito de esos que lo curan todo… o en realidad estamos hablando de un beso de despedida?

Jago estaba a punto de decir que era una broma cuando notó el roce de sus labios. Pero la presión era tan suave que pensó por un momento que lo estaba imaginando.

Respirar le pareció una irrelevancia cuando el suave y

penetrante calor de sus labios empezó a recorrer sus venas, viajando por su cuerpo como seda líquida hasta que no sintió dolor alguno.

Era como si su cuerpo hubiera estado dormido, esperando aquello. Esperando que Miranda Grenville apareciese en la oscuridad para devolverlo a la vida con un beso.

Ella puso las manos en su pecho y algo despertó a la vida; el frío agujero que durante tanto tiempo había sido su corazón…

—Miranda…

No sabía si quería revivir o quedarse en aquel sitio oscuro donde no había sentimientos. Pero tenía que tomar una decisión.

—¿Nick? ¿Estás bien?

¿Estaba bien? Se sentía un poco mareado. Aunque no era sorprendente en aquellas circunstancias.

—¡Nick!

—Sí, estoy bien. Más que bien —Jago le pasó un brazo por los hombros—. Apoya la cabeza e intenta dormir un rato.

Manda apoyó la mejilla en su pecho y cerró los ojos, intentando no pensar en nada. Pero el dolor, ahora que la adrenalina había bajado, empezaba a ser insoportable. El dolor en las piernas, en las manos, en el cuello…

Tenía hambre y sed. Apenas había comido antes del terremoto y no había bebido más que un traguito de agua en todo el día. Dormir, si pudiera hacerlo, sería una gran idea.

Manda cerró los ojos y se concentró en los suaves latidos del corazón de Nick hasta que, gradualmente, empezó a quedarse dormida.

Una luz brillante la despertó. Por un momento, totalmente desorientada, Manda intentó mover la cabeza, escapar de ella. Pero enseguida se dio cuenta de que estaba tumbada sobre un hombre.

Nick Jago.

Entonces lo recordó todo. Intentó hablar, pero tenía la boca seca, los labios agrietados, y tuvo que hacer un esfuerzo antes de poder pronunciar su nombre.

—¡Nick! Despierta, Nick, ya es de día —le dijo, sacudiéndolo un

poco—. ¿Jago? ¿Estás bien?

—No lo sé. Hay pocos despertadores con tantos decibelios como tú —protestó él, abriendo los ojos—. Tienes que pulir tu técnica para despertar a la gente, Miranda.

—Es que no he tenido que practicarla en mucho tiempo.

Con la luz del sol entrando por el hueco de la pared, Manda pudo ver por primera vez al hombre con el que había pasado aquella larga noche, cuya mano le había salvado la vida, cuyos brazos la habían mantenido segura.

Tenía los rasgos muy marcados. Su nariz era, como habían hablado por la noche, interesante; la barbilla pronunciada, los ojos de color gris. En cuanto a su boca… Era exactamente como había imaginado cuando la trazó con los dedos, como la había sentido cuando lo besó. Tierna, decidida, sensual. Como si no sonriera a menudo.

—¿Estás bien, de verdad?

—Estaría mejor si te sentaras en lugar de tontear con ese espacio negro en la oscuridad.

Miranda se puso de rodillas y apartó el pelo de su frente para mirar el hematoma. Tenía un corte profundo además de la hinchazón pero, por el momento, no podían hacer nada.

—Creo que vivirás —le dijo.

—Claro que sí. Tú me has dado el beso de la vida.

—¿Ah, sí? Cuando salgamos de aquí…

—Cuando salgamos de aquí tú encontrarás a esa niña y yo me pondré en contacto con mis padres. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —sonrió ella.

Y, como para sellar el pacto, Jago levantó una mano para tocar sus labios.

—Hola, Miranda Grenville.

—Hola, Nick Jago.

—¡No!

—¿Qué?

—Cuando alguien te ha salvado la vida tiene derecho a saber quién eres. Me llamo Nicholas Alexander Jackson, el apellido que se puso mi abuelo cuando llegó a Inglaterra.

Jackson…

—Pero…

Miranda había conocido a su padre en la recepción de una embajada. Ivo le contó que su mujer y él se dedicaban a recaudar fondos para una organización que ayudaba a niños huérfanos. Usaban su propio dinero, heredado del mismo abuelo del que hablaba Jago, un hombre que se había hecho millonario creando una cadena de productos alimenticios.

—¿Qué? —preguntó él.

Ella sacudió la cabeza. Decirle que su padre había cambiado no serviría de nada. Tenía que estar abierto a la posibilidad antes de creerlo. O verlo por sí mismo. Además, había hecho una promesa. Eso era suficiente.

—Nada. Gracias por decírmelo, Nick —él dejó escapar un suspiro—. ¿Qué pasa?

—Nada, es que hace mucho tiempo que nadie me llamaba Nick. Bueno, ¿qué dices? ¿Nos vamos de aquí?

—Sí, por favor.

Jago se levantó. Por la noche había pensado que nunca saldrían de allí pero ahora, con la luz que entraba a través de las grietas en las paredes, todo parecía posible.

Esperaba encontrar una salida por la entrada original, pero sobre ellos estaba la promesa de un trozo de cielo.

—Con cuidado —le dijo, alargando una mano—. No quiero perderte ahora.

Luego, cuando ella la apretó, se volvió para mirarla.

Había imaginado que sería alta, pero no tanto. Era casi tan alta como él. Y delgada pero con una fuerza increíble. Bueno, eso ya lo sabía.

No sintió la atracción instantánea que se sentía por una mujer como Fliss. Miranda era una belleza diferente, clásica, elegante… Una de esas mujeres que seguiría siendo bella a los noventa años.

Era preciosa ahora.

—¿Qué?

Jago miró su mano, llena de heridas y con las uñas rotas.

—A mi manicura le va a dar algo cuando me vea.

Estaba haciendo lo que había esperado que hiciera: volver a ponerse la careta antes de volver al mundo.

—No hagas eso. No tienes que fingir conmigo, Miranda. No tenemos secretos el uno para el otro. —Jago se inclinó para besar sus dedos—. Siempre nos conoceremos el uno al otro.

—Yo… sí, es verdad. Gracias.

En peligro de decir, o hacer, algo fuera de lugar, Nick se dio la vuelta para mirar el hueco. Parecía estar muy lejos y, después de ver el estado de las manos de Miranda, se preguntó si podría hacerlo.

Si él sería capaz de hacerlo.

Pero no tenía sentido sugerir que se quedaran allí esperando ayuda del exterior.

—¿Estás lista?

—No, espera.

Miranda sacó el móvil del bolsillo y escribió un rápido mensaje.

—No es que tenga dudas, Nick. Pero podría pillarme un coche cuando salga de aquí. O el avión…

—Un alma optimista, ¿eh?

—Mis padres murieron en un yate y… En fin, la vida de repente me parece algo precioso. Y quiero que mi familia sepa cómo me siento ahora. Que soy… feliz —luego se acercó para darle un beso en la mejilla—. Gracias por lo de anoche. Por escucharme, por conocerme.

Se abrazaron sin decir nada más. Cualquier persona habría hecho lo mismo, pensó Nick. Pero sabía que era algo más. Habían conectado en la oscuridad, se habían unido, habían expuesto sus secretos como no lo habían hecho antes.

Aquella noche los había obligado a revisar sus vidas, a enfrentarse con los espacios vacíos y a considerar un futuro diferente.

—Bueno, ya estoy lista —dijo Miranda, guardando el móvil.

Pero Nick lo sacó de su bolsillo y escribió un mensaje antes de devolvérselo.

—No tengo el número de mi padre, pero puedo mandárselo a través de tu hermano.

—No lo lamentarás —respondió Miranda sonriendo.

—Yo iré primero —dijo él, sacudiendo la cabeza—. No te separes de mí. Pase lo que pase detrás de ti, sigue adelante.

Manda sabía cómo concentrarse.

Se concentró en la voz de Nick, que le decía dónde debía pisar. Se concentró en sus pies, en sus botas, un paso por delante de ella. Y, poco a poco, llegaron arriba. Después de salir por la abertura, Miranda cayó rodando por una pendiente cubierta de hojas… hasta que el cuerpo de Nick la detuvo.

Lo habían conseguido. Habían salido vivos de allí. Estaban al aire libre. Una carcajada escapó de su garganta. Habían escapado de la muerte.

Sobre sus cabezas, un pájaro se unió a su risa, creando una cacofonía que parecía hacer eco por el bosque.

Y eso hizo que riera aún más.

Un segundo después, la boca de Nick, esa que no parecía sonreír a menudo, se contagió. Y rieron durante un rato, felices de estar vivos.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que sí.

Nick miró la camisa de lino que había sido blanca, el pelo lleno de polvo, la gota de sangre en la mejilla…

—¿Qué pasa?

—Eres muy guapa.

—Tú también.

—¿Tan sucio?

—Eso da igual, aunque nos vendría bien una ducha. Por cierto, diriges un establecimiento del que tengo muchas quejas, amigo. Vine a Cordillera con la promesa de hermosas playas y un paisaje de ensueño y todas las comodidades conocidas para el hombre.

—Ponga usted sus quejas por escrito, señorita. Le daré el nombre del ministro de Turismo.

Pero estaba vivo y ya no odiaba a nadie, ni a Fliss ni a Felipe Domínguez. Le daba igual.

—Si eres capaz de caminar cien metros más, puedo ofrecerte las más básicas comodidades… siempre que la naturaleza no se las haya cargado, claro. Hay un riachuelo cerca de aquí. El agua está fría, pero limpia.

—¡Agua! ¿A qué estamos esperando? —Miranda prácticamente se levantó de un salto—. ¿Por dónde vamos?

—Por aquí —dijo él, tomando su mano.

El camino hasta el riachuelo los agotó del todo, pero pronto llegaron a una cascada que caía formando una piscina natural en medio del bosque.

—Había esperado que todo estuviera devastado. Parece como si no hubiese habido un terremoto…

—Genial —Miranda tiró de su mano para llevarlo a la orilla, tumbándose en el suelo para beber con las dos manos—. No puedo creer que el agua sepa tan bien. ¿Se puede beber?

—Yo llevo cinco años bebiéndola y no me ha pasado nada. Pero deberíamos empezar a movernos. Supongo que habrá gente buscándonos.

—Los habríamos oído, ¿no?

La piscina natural era increíblemente hermosa. Había helechos creciendo por todas partes entre las rocas, florecitas azules y enormes lirios blancos que llenaban el aire con su aroma, árboles con frutas rojas…

Todo parecía nuevo, como si ellos fueran los primeros en pisar aquel sitio.

—Toda esa gente que se dedicó a construir templos de piedra… Qué pérdida de tiempo. Esto es mucho más bonito. Mira las flores, los árboles… —Miranda observó una libélula azul que sobrevolaba el riachuelo mientras empezaba a desabrocharse los botones de la camisa.

—¿Qué haces?

—Voy a darme un baño.

Le dolían los dedos y dudaba que pudiera volver a abrochar los botones, pero se preocuparía de eso más tarde. Por el momento, su único objetivo era rehidratarse del todo. Sentirse limpia.

Pero quitarse el sujetador era tarea imposible con los dedos despellejados.

—¿Te importa?

Le había revelado sus más oscuros secretos esa noche; la desnudez de su cuerpo no tenía la menor importancia.

Jago no podía apartar los ojos de ella mientras se quitaba la ropa sin una pizca de pudor, transformándose en Eva antes de meterse en el río.

Cuando sacó la cabeza del agua, su piel parecía de satén blanco en contraste con el pelo oscuro.

—Éste es un ritual de limpieza, Nick. Y hay sitio para los dos.

Capítulo 11

—¿Tienes frío?

Miranda se volvió cuando Nick llegó nadando a su lado.

Era delgado, bastante fibroso, con unos pómulos tan marcados que le recordaba a un santo de El Greco.

—No, ya no —sonrió.

Y era verdad. No tenía que sonreír para calentarla por dentro, pero cada vez que estaba cerca era como si alguien encendiera la calefacción.

—Mentirosa —dijo Nick, metiendo la cabeza bajo la cascada.

Miranda vio entonces el hematoma que tenía en el hombro izquierdo y, sin pensar, alargó una mano para tocarlo.

—Lo siento, de verdad.

—¡No! Tú no lo has hecho, no es culpa tuya. Aunque me lo hubiera roto, aunque hubiera muerto intentando salvarte, no sería culpa tuya.

—Lo sé. Pero me gustaría pode hacer algo para que no te doliese.

Estaban muy cerca.

El agua estaba fría, Nick no.

—Sí puedes. Con tu calor, Miranda Grenville. Y ahora que puedo verte, con tu sonrisa.

¿Estaba sonriendo?

En aquel precioso riachuelo, con el cuerpo de Nick tan cerca del suyo, ¿cómo no iba a sonreír?

—¿Quieres otro besito, Nick Alexander Jackson? ¿Es eso? —Miranda inclinó la cabeza para darle un beso en el hombro, pero él se apartó.

—No, esta vez no. Llevo la cuenta y me toca a mí.

Nick tomó su cara entre las manos y a Manda le pareció que todo ocurría como a cámara lenta. Los rayos del sol colándose entre las ramas de los árboles hacían brillar las gotas de agua en su pelo, un pétalo flotando en el riachuelo…

Luego cerró los ojos. No veía nada. No oía nada. Todos sus sentidos estaban concentrados en una sola cosa: Nick.

Nick Jago besando su cara, su cuello, trazando su clavícula con la lengua mientras acariciaba sus hombros, descubriéndole inesperadas zonas erógenas. Cuando buscó sus labios, Miranda descubrió que los huesos podían derretirse de verdad y empezó a decirle con cada caricia que quería más.

Que lo quería todo.

Nick se entregó, sin egoísmo alguno, esperándola y esperándola hasta que cayó sobre su pecho, con lágrimas de gratitud en los ojos. Renacida, nueva.

—¿Tienes hambre? —le preguntó después, mientras estaban tirados en la hierba.

—Sí, claro. ¿Nos comemos los caramelos que quedan?

—Podemos hacer algo mejor.

Nick se levantó de un salto y empezó a trepar por uno de los árboles llenos de frutas rojas.

—¡Ten cuidado! —gritó Miranda, mientras recogía su ropa del suelo. Desgraciadamente, sus dedos no parecían querer cooperar y seguía intentando abrocharse la camisa cuando él volvió con las frutas.

—Dame la mano.

—Pero antes…

—Yo lo haré cuando hayamos comido. Venga, toma —Nick puso un montón de bayas en sus manos—. No sé lo que son, pero sé que contienen mucho azúcar. Los lugareños las preservan para usarlas cuando tienen que ir de viaje.

Miranda probó una. Sí, tenía razón, eran muy dulces.

—Están muy ricas. Pero tengo tanta hambre que probablemente me comería cualquier cosa.

—Toma un poco de coñac.

—¿Esto es una merienda? Podríamos tomar los caramelos de postre.

Después de comer se tumbaron uno al lado del otro a la orilla del riachuelo, dejando que el sol los acariciase, sin decir nada. ¿Qué podían decirse? Los dos sabían que lo que acababa de pasar era el último acto de un drama que los había sobrepasado a los dos.

Salvo que no habían hablado de lo que, seguramente, deberían haber hablado.

Fue Nick quien por fin rompió el silencio.

—Miranda…

—Tranquilo. Es la primera vez en diez años.

—¿Diez años? Ésa es una cadena perpetua —sonrió él, acariciando su pelo—. Yo siempre tengo cuidado, salvo esta vez.

—Hoy es diferente. Estamos en el jardín del Edén.

—Ya, pero aun teniendo las más básicas nociones de Biología, sé que el sexo sin protección puede llevar a un embarazo.

—No.

Era su último secreto. Decírselo sería como apartar el último velo, dejándola desnuda, más expuesta que nunca.

—Para mí no. El embarazo ectópico provocó daños en la matriz y no puedo tener hijos.

—Lo siento.

Eso era lo bueno de aprender a controlar tus sentimientos, que uno reconocía la verdad cuando la tenía delante. Y cuando Jago pronunció esas dos palabras sabía que estaba diciendo la verdad. Porque entendía lo que había perdido. La entendía a ella.

Le había salvado la vida, la había sacado de la oscuridad para siempre y Miranda supo que lo más fácil del mundo sería enamorarse de él.

De modo que había llegado el momento de volver a ponerse la máscara. No para esconder el dolor. Si no volvía a verlo nunca, lo lamentaría más que nada, pero Nick Jago le había dado más de lo que él sabría nunca.

Se pondría esa mascara sólo para protegerlo a él. Para que no sintiera culpable por no amarla.

En ese momento oyeron las aspas de un helicóptero sobre sus cabezas.

—Creo que es hora de moverse. Si no te importa abrocharme los botones de la camisa…

—Podríamos quedarnos aquí —sugirió Nick—. Vivir de bayas y nueces.

—Podríamos, pero yo tengo que producir un documental y tú

tienes que escribir un libro. La auténtica historia de la gente que vivió en Cordillera hace siglos.

—No será un *best seller*.

—Pero será la verdad. Y te prometo que yo seré la primera en la cola cuando vayas a firmar ejemplares.

—Ah, ése es un buen incentivo —sonrió él—. Aunque los autores académicos no suelen salir de las bibliotecas universitarias.

—A lo mejor el libro basura de la rubia ha despertado interés.

—A lo mejor. Puede que venda tres ejemplares más.

—Tú dime dónde vas a firmar y me llevaré a todas las personas que conozco. Haremos una fiesta.

—Si yo hago eso, ¿tú me invitarás al estreno de tu documental?

Miranda vaciló.

—Es sobre familias rotas, Nick. Sobre adopciones, sobre la búsqueda de parientes biológicos…

—¿Historias que no siempre terminan con un final feliz? ¿Por eso no has querido buscar a la niña de tu documental? ¿En caso de que su historia no termine bien?

—Pues… sí —contestó ella por fin—. Es por eso, supongo.

—Cuando se tiene miedo de que la realidad no sea como los sueños, es tentador quedarse donde uno está a salvo.

—Con los sueños —Miranda observó el paraíso que los rodeaba.

Era precioso durante unas horas, pero el aroma de los lirios, que al principio le había parecido tan dulce, ahora le hacía sentirse adormilada.

—Quizá siempre he estado colgada de un sueño en lugar de aceptar la realidad. Añorando el cuento de hadas y perdiéndome lo que tenía delante.

Se volvió para mirar al hombre que le había devuelto la vida, literal y emocionalmente.

—¿Es eso lo que tú has hecho, Nick? ¿Quedarte con el sueño de una familia ideal, de unos padres perfectos que no podían serlo? Tu padre y tu madre son dos seres normales, con defectos normales. Como todos los demás.

Naturalmente, no esperó que contestase. La pregunta era retórica, algo para hacerle pensar.

—Es hora de irnos.

Miranda levantó la mirada cuando el helicóptero pasó directamente sobre sus cabezas. Bajo las ramas de los árboles eran invisibles, pero el mundo no tardaría mucho en aparecer.

—Volvamos aquí dentro de un año, pase lo que pase —dijo Nick entonces—. Tú puedes traer caramelos de menta, yo traeré una botella de coñac. Podríamos quedarnos a pasar la noche y recoger lirios para hacer una hoguera y dar las gracias por haber escapado con vida.

Miranda sonrió y, por un momento, él pensó que iba a decir que deberían quedarse allí para siempre. Pero luego pareció pensarlo y, levantándose, negó con la cabeza.

—Los lirios… ¿Se te ha ocurrido pensar que podrían tener un efecto narcótico?

En otras palabras, estaba diciendo que no a su propuesta.

—Muy bien, vámonos —suspiró Nick.

Acababan de llegar al claro del bosque cuando oyeron gritos. Había gente llamándolos… llamándolo a él. Quizá hubiera sido demasiado duro con Felipe Domínguez, pensó.

Pero cuando por fin se reunieron con ellos, Miranda fue tragada por los otros turistas, que la abrazaban y le daban la enhorabuena por haber salido con vida de aquella aventura.

—¡Jago!

Y entonces, de repente, Nick se encontró en los brazos de una rubia.

—¡Estás vivo! —exclamó Fliss.

—Por lo visto —dijo él, apartándose—. No esperaba volver a verte.

Ella tuvo la delicadeza de parecer avergonzada.

—Felipe quería hacer fotografías del templo y yo quería explicarte lo del libro… ¿Te has enterado de lo del libro?

—Sí, me he enterado. Y espero que esté en las listas de libros de ficción.

—Jago…

—¿Qué haces aquí, Fliss? En serio.

—Cuando empezó el terremoto todo el mundo corría de un lado a otro como pollos sin cabeza. No había ayuda para los que estaban

fuera de la capital, así que le dije a Felipe que si no enviaba un equipo de rescate le contaría la verdad a todo el mundo.

—Y entonces Felipe se dio cuenta de que este sitio estaba lleno de turistas y decidió que era muy importante venir a rescatarlos.

—Sí, bueno, es posible —sonrió Fliss—. Siento mucho lo del libro, Jago. De verdad.

—Claro, como no estás hecha para ser arqueóloga, viste una manera fácil de ganar dinero y vivir la vida de los ricos y famosos. Lo entiendo. Me da igual el libro.

Lo único que le importaba era Miranda, a quien llevaban hacia el helicóptero en ese momento. Tenía que acercarse, decirle algo…

—¿Me perdonas? —insistió Fliss.

—Sí, sí… —dijo Jago, impaciente, buscando a Miranda con la mirada.

Miranda prácticamente había salido corriendo. Quizá porque sabía que en un año serían dos personas diferentes, que intentar repetir algo tan maravilloso, tan perfecto, sería un error.

No estaba huyendo de sus sentimientos ni protegiéndose a sí misma. No volvería a hacer eso. Sólo corría hacia la vida real. Esperando que, con un poco de suerte, Nick la siguiera, que recordase su promesa de llamarla cuando terminase su libro.

Y no podía retrasar a los demás, no podía pedirles que esperasen porque estaban tan hambrientos como ella, tan agotados.

Pero podía dar un paso atrás, dejando que subieran al helicóptero mientras volvía la cabeza para mirarlo.

Y entonces vio a aquella rubia abrazándolo.

—Señorita, suba, por favor…

Tuvo que hacer un esfuerzo para encontrar la sonrisa tras la que había escondido sus sentimientos durante tantos años. Pero lo consiguió y cuando Nick estaba mirándola murmuró un «gracias» antes de volverse para tomar la mano del piloto.

La puerta se cerró tras ella y despegaron casi inmediatamente.

Miranda mantuvo los ojos cerrados mientras el aparato se levantaba sobre el claro del bosque. Y luego, cuando volvió a abrirlos,

se hizo una promesa a sí misma.

A partir de aquel momento empezaba una nueva vida y sólo tendría pensamientos positivos. Seguiría habiendo momentos oscuros, pero buscaría la luz sabiendo que, como el amanecer, como la primavera, volvería siempre.

Cuando estaban llegando a la costa sonó un pitido en su móvil y, nerviosa, leyó los mensajes angustiados de Ivo, Belle y Daisy que, sin duda, habrían recibido noticias del consulado cuando el hotel anunció que era una de las turistas que faltaban del hotel.

Miranda envió el mensaje que había escrito en la oscuridad, cuando no sabía si saldría viva de allí. Un mensaje sencillo en el que decía cuánto los quería.

Y luego envió otro para decirle a su hermano que estaba bien, que iba de vuelta a casa.

Jago consiguió apartarse de Fliss Grant, pero sólo para ver que el helicóptero se alejaba, llevándose a Miranda.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—En un jeep —contestó Fliss, señalando un vehículo con la insignia del gobierno—. La carretera está dañada, pero es transitable.

—¿Y el pueblo?

—No ha habido grandes desgracias, afortunadamente.

—Muy bien. Tengo que pasar por allí para recoger mis cosas.

—¿Te vas? Pero es imposible… el aeropuerto es un caos.

Eso significaba que Miranda tampoco podría marcharse de Cordillera.

—Déjame en el hotel entonces.

—Muy bien. Yo también me alojo allí.

—Fliss, lo del libro te lo puedo perdonar. En cuanto al resto de la historia, te aconsejo que te quedes con Felipe. Él es tu tipo de hombre —sonrió Jago. Y después de decir eso, subió al jeep—. Venga, vámonos de aquí.

En menos de una hora, después de ducharse, Miranda subía al helicóptero que su hermano había contratado para llevarla a una isla cercana donde la esperaba un avión privado.

Ivo podría no ser ya su guardián veinticuatro horas al día, pero seguía sabiendo cómo solucionar cualquier problema.

* * *

El pueblo no había sido devastado por el terremoto, pero la gente de allí necesitaba ayuda. Aquel había sido su hogar durante cinco años y Jago no podía marcharse sin más.

De modo que pasó una semana antes de que pudiera subir al avión que lo llevaría a casa. Y la primera persona que vio cuando llegó al aeropuerto de Heathrow fue su padre.

Mayor, un poco más delgado, con el pelo gris. Por un momento se miraron sin decir nada.

Y luego su padre se aclaró la garganta.

—Ivo Grenville me pasó tu mensaje. Tu madre… —no pudo terminar la frase.

—¿Está enferma?

—No, hijo. Está en el coche. Pero iba a ponerse a llorar y sabe que eso no te gusta…

Si Nick había tenido alguna duda sobre la promesa que le había hecho a Miranda, desapareció en ese momento.

—Mi primer día de colegio… Hace poco se lo conté a una persona, Miranda Grenville, la hermana de Ivo.

—Él nos contó que os habíais quedado atrapados en ese templo.

—¿Te importa llamar a Ivo para darle las gracias? Por pasarte el mensaje.

—¿No deberías hacerlo tú mismo?

—Lo haré, pronto. Pero si lo llamas, Miranda sabrá que he cumplido mi promesa.

—Muy bien. ¿Nos vamos? Aunque te advierto que tendrás que soportar las lágrimas de tu madre.

—Creo que por fin me he hecho mayor y puedo soportar unas cuantas lágrimas —sonrió Nick antes de abrazar a su padre por primera vez en quince años.

Había tardado dos meses en rodar el documental y, por fin, estaba en la lata. Terminado.

Manda, sentada frente a su escritorio, golpeaba el cuaderno con un bolígrafo. Había prometido invitar a Nick al estreno… ¿debía hacerlo?

Lo que compartieron en Cordillera sólo había sido un momento en la vida. Un momento que lo cambió todo, sí, pero intentar convertirlo en su vida diaria…

Sabía que Nick había visto a su familia porque su padre había llamado a Ivo para darle las gracias en nombre de su hijo, pero Nick no la había llamado personalmente. Aunque estaba en Londres, sin duda trabajando en su libro. Claro que tampoco ella lo había llamado.

Seguramente Fliss Grant lo mantendría ocupado, pensó.

La verdad, había sido una sorpresa desagradable verla allí, abrazándolo. O, más bien, que él se dejase abrazar. Nick Jago era un hombre para quien la verdad y la lealtad eran muy importantes y no entendía que hubiera perdonado tal traición.

Miranda intentó dejar de recordar aquellos momentos mágicos que habían pasado en el riachuelo. Quizá esa fuera la lección que Nick había aprendido durante las largas horas que pasaron juntos en la oscuridad: que la vida era demasiado corta, que uno tenía que agarrarse a ella con las dos manos y aceptar lo que le ofrecía. Seguir adelante sin mirar atrás.

Algo que ella misma estaba haciendo. No olvidar, ella nunca olvidaría a Nick Jago. Y no quería olvidarlo.

—Me marcho, Manda —Daisy entró en el despacho empujando el cochecito de su hijo—. Te veo esta tarde en el estreno.

Miranda tardó un momento en volver al presente.

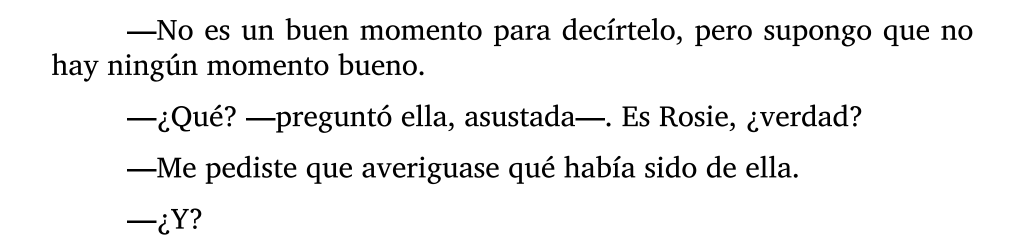
—Ah, sí, claro. ¿Irá mucha gente?

—Tendremos la sala llena.

—Genial, gracias. Has hecho un trabajo estupendo —Manda se inclinó para acariciar la carita de su ahijado—. Hola, Jude. Cada día estás más guapo.

—Oye… —empezó a decir Daisy.

—¿Sí?



—No es un buen momento para decírtelo, pero supongo que no hay ningún momento bueno.

—¿Qué? —preguntó ella, asustada—. Es Rosie, ¿verdad?

—Me pediste que averiguase qué había sido de ella.

—¿Y?

—Me temo que no son buenas noticias. La mayoría de las parejas que querían adoptarla no sabían en lo que se estaban metiendo.

—Se ha marchado de la casa de acogida, ¿verdad?

—Hace meses.

—¿Y nadie se ha molestado en llamarnos? —exclamó Miranda, furiosa.

—Manda…

—Lo sé, lo sé. No es asunto nuestro. Sé que hay leyes, departamentos y todo eso.

—Yo creo que el problema es que les daba miedo que hablases con la prensa y les hicieras quedar mal. A veces puedes… en fin, dar un poco de miedo.

—¿De verdad? —Manda se apartó el pelo de la cara—. Pues no es mi intención. Yo sólo…

—Ya lo sé, no soportas a los tontos —terminó Daisy la frase por ella—. Si te sirve de algo, a mí me pasa lo mismo.

Era verdad. Daisy había sido una niña de la calle, muy lista, muy desafiante, pero muerta de miedo. Eran dos personas completamente opuestas y, sin embargo, tenían algo en común.

—Tengo que encontrarla —dijo Manda entonces.

—Si ella no quiere que la encuentres, no será fácil. En fin, nos vemos por la tarde en el estreno.

—Antes de irte, ¿te importaría llamar al doctor Nicholas Jago, en la universidad de Londres?

—¿El hombre con el que estuviste atrapada en el templo?

—El mismo. Hablamos sobre el documental y le prometí que lo invitaría al estreno.

—Muy bien.

—Dile que puede ir con una acompañante.

El estreno era para los ejecutivos de las cadenas de televisión, la prensa y los compradores extranjeros. Después del premio que habían recibido por el primer documental había considerable interés por el segundo y Manda se encargó de que el bar estuviera bien provisto para tener a todo el mundo contento.

Según Daisy, Nick había dicho que estaría encantado de acudir al estreno. Pero a lo mejor sólo estaba siendo amable. O a lo mejor Daisy estaba siendo amable.

Pero no le había dicho si iba a ir con una acompañante y ella no quiso preguntar.

—¿Manda?

Miranda se disculpó con un director que estaba haciendo un monólogo sobre la necesidad de incentivar económicamente a los cineastas.

—Dime, Daisy.

—He estado pensando en Rosie. Sé que volverá a los sitios que conoce, donde se siente segura. Y había pensado…

—¿Qué? ¿Qué has pensado?

Pero Daisy estaba mirando por encima de su hombro y Miranda tuvo que girar la cabeza.

Para encontrarse con un hombre alto, moreno, recién afeitado.

—Nick…

—Hola, Miranda.

—Yo voy a… decirle a la gente que entre en la sala —intervino Daisy. Ninguno de los dos estaba prestándole atención.

—Pareces otro —sonrió Manda—. Con traje de chaqueta.

—¿Eso es bueno o malo?

—Muy bueno.

Con un traje de chaqueta oscuro, camisa blanca y el moreno que seguramente no se le iría nunca, hacía que todos los demás hombres pareciesen tristemente pálidos en comparación.

—No porque estuvieras mal… —no sabía que decir. La sofisticada Miranda Grenville estaba portándose como una quinceañera intentando ligar con el chico más guapo del colegio—…

antes.

—Sin traje.

Sin nada de ropa.

Miranda consiguió reunir unas cuantas neuronas para preguntar:

—¿Qué tal el hombro?

No era una conversación muy brillante, pero le parecía mejor que imaginarlo desnudo bajo la cascada.

—¿Cómo estás tú?

—Bien, muy bien. Trabajando mucho, pero… bien.

—¿No tienes pesadillas?

—No, ya no. ¿Y tú?

—No, nada de pesadillas —dijo él—. Sólo algunos sueños. ¿Recibiste mi mensaje?

—Me lo dio mi hermano. ¿Cómo va todo con tu familia?

—Bien. Por cierto, he conocido a mi hermanastra. Y tengo que agradecértelo a ti.

—Lo habrías hecho sin mí, seguro —sonrió Miranda—. ¿Has venido solo? ¿No te dijo Daisy que podías traer una acompañante?

—¿Por qué iba a venir con alguien cuando la única persona que me interesa ya estaba aquí?

—¿De verdad? —Manda hacía lo imposible por tranquilizarse—. No he visto a ninguna rubia voluptuosa.

Y, por fin, Nick sonrió. Como si acabara de decirle todo lo que quería saber.

—Supongo que Fliss estará con Felipe Domínguez. Te lo habría dicho en Cordillera si te hubieras quedado cinco segundos más.

—Ah.

—Incluso podrías haberle dado las gracias. Fue Fliss quien consiguió que fueran a buscarnos.

De modo que Fliss Grant estaba enamorada de él, pensó Manda, sintiendo pena por la mujer.

—¿Te ha devuelto los documentos que te robó?

—No hacía falta. Yo tenía copia de todo.

—Bueno, pues aquí estamos —suspiró Miranda, sin saber qué

decir—. Por fin. Pero hemos tardado dos meses en vernos.

—Tuve que quedarme una semana en el pueblo para echar una mano. Había sido mi casa durante cinco años.

—Sí, claro, lo entiendo.

—Se habían caído algunas casas, pero no era un desastre total. Nada que un poco de trabajo y un poco de dinero no pudieran solucionar.

—El dinero lo pusiste tú, claro.

—Eso no importa.

—¿Y luego?

—Y luego, querida mía, los dos teníamos cosas que hacer —dijo él, sonriendo—. Todo ocurrió tan deprisa…

—¿Ah, sí? Pues a mí me pareció una eternidad.

—Cuando uno se enfrenta con la muerte todo se vuelve muy intenso. Necesitábamos tiempo para estar con nuestras familias, para trabajar —Nick tomó su mano—. El futuro estaba esperándonos y, por fin, ha llegado. ¿Estás libre después de la proyección? ¿Podemos cenar juntos? Tenemos que hablar.

—¿Hablar de qué?

—De ti, de mí, del resto de nuestras vidas.

¿El resto de sus vidas?

Manda abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¿El resto de nuestras vidas? —repitió por fin.

—Llevo dos meses pensando en ti durante todo el día, soñando contigo por las noches. Y la verdad es que no puedo seguir haciendo eso porque quiero estar contigo para siempre. Cásate conmigo, Miranda.

—¿Manda? Estamos a punto de empezar.

Al volver la cabeza se percató de que ya no quedaba nadie en el vestíbulo aparte de Daisy.

—Empezad sin mí.

—Pero…

—No te preocupes, Daisy. Ya he visto el documental y ahora mismo… —Miranda se volvió para mirar a Nick—. Ahora mismo tengo que planear el resto de mi vida.

Encontraron un restaurante italiano cerca del cine. Manda no recordaba lo que había comido o cómo sabía o de qué hablaron siquiera. Sólo que, de repente, todo estaba en su sitio.

Cuando por fin salieron al frío de diciembre, con luces de Navidad por todas partes, Nick le preguntó:

—¿Cómo has venido?

—En taxi.

—Yo también —murmuró él, mirando a un lado y otro de la calle—. Pero no creo que podamos encontrar uno a estas horas. ¿Adónde vamos?

—Da igual —contestó Manda. Y era verdad. No tenía la menor prisa por encontrar un taxi. No quería separarse de él—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Me han ofrecido un puesto en la universidad.

—¿Aquí, en Londres? Será muy diferente al trabajo que solías hacer. ¿No echarás de menos las excavaciones?

—¿El dolor de espalda, la falta de comodidades, el problema para encontrar fondos?

—No, el momento mágico en el que encuentras una pieza del rompecabezas —sonrió ella—. Eso que muestra cómo vivían nuestros antepasados.

—Seguiré manchándome las manos de tierra de vez en cuando. Pero no en Cordillera, las estructuras no son seguras allí.

—No, desde luego.

—La notoriedad que he conseguido gracias al terremoto será una buena ayuda para conseguir fondos.

—¿Entonces vas a quedarte en Londres?

Nick se encogió de hombros.

—Estoy esperando tener algún incentivo.

Un taxi acababa de detenerse frente a un restaurante para dejar a una pareja, pero ninguno de los dos se fijó.

—¿Qué clase de incentivo?

—Lo sabré cuando lo vea —Nick la miró a los ojos—. ¿Y tú?

¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo sé. La verdad es que ahora mismo estoy pensando en Rosie.

—¿La niña del documental?

—Sí. Se ha escapado de la casa de acogida. Hace meses, pero yo me he enterado hoy mismo. Está por ahí, en algún sitio —Miranda se detuvo y miró alrededor, sorprendida—. No me lo puedo creer. Este es el sitio en el que la encontramos. Ahí mismo…

Corrió hacia el callejón y se detuvo abruptamente cuando vio los cubos de basura. Tontamente, había pensado que la encontraría allí, buscando comida.

Nick llegó a su lado y la abrazó, como había hecho tantas veces en Cordillera.

—Tranquila, cariño.

—Se va a morir de frío… —Miranda se volvió hacia el callejón —. ¡Rosie! ¿Me oyes? Voy a venir a buscarte mañana. Pienso buscar en todos los callejones hasta que te encuentre. No voy a dejarte morir… ¿me oyes?

Luego se tapó la boca con la mano y sacudió la cabeza, desolada.

—Miranda…

—¿Qué? —le espetó, furiosa consigo misma, con la vida.

Pero enseguida se dio cuenta de que Nick estaba mirando hacia el callejón y contuvo el aliento al ver una figura desafiante.

—¿Rosie?

—¿Es tu novio?

Manda tragó saliva.

Nick había dicho que iban a hablar sobre «el resto de sus vidas», pero era demasiado pronto para nada. Salvo para saber cuánto lo había echado de menos, cuánto deseaba estar con él. Cuánto lo amaba.

—Rosie, te presento a Nick. Él me salvó la vida.

—¿Qué hizo?

—Me caí en un agujero horrible y oscuro, pero él me sujetó, arriesgando su vida. Y yo estoy aquí para sujetarte a ti —dijo Miranda, dando un paso adelante—. ¿Tienes hambre?

Entonces recordó algo que Belle le había contado, la única cosa

que deseaba cuando era pequeña y vivía en la calle.

—¿Te apetece venir a mi casa? Puedo hacerte un bocadillo de beicon… con ketchup.

—¿Tu novio vendrá también?

Nick Jago miró a aquella mujer preciosa. La había amado antes de ver su cara. Le había robado el corazón con esa mezcla de fuerza y vulnerabilidad. Y cuando por fin pudo verla, sus ojos le habían confirmado lo que ya sabía. Era como si su mundo se hubiera visto sacudido y luego, cuando volvieron a reunirse las piezas, todo hubiera quedado en su sitio.

A veces, en los momentos más oscuros, uno se encontraba de frente con su destino. Y, sin la menor duda, sabía que Miranda era el suyo.

—No soy el novio de Miranda, Rosie —dijo, dando un paso adelante—. Soy el hombre con el que va a casarse.

Cuando ella se volvió, Nick sostuvo su mirada, retándola a contradecirlo. No lo hizo y su silencio fue todo lo que Nick necesitó para quitarse el abrigo.

—¿Sabes el incentivo que estaba esperando para quedarme en Londres?

Miranda asintió mientras ponía el abrigo sobre los hombros de Rosie.

—Pues ya lo tengo.

—¡Rosie! —la habitación estaba vacía. No había dormido en su cama esa noche.

Manda no sabía qué la había despertado, pero supo inmediatamente que Rosie había vuelto a escaparse.

—Se ha ido, Nick.

Aquellos seis meses no habían sido fáciles, pero ahora que los Servicios Sociales estaban a punto de aprobar la adopción, Miranda estaba segura de que había pasado lo peor.

Y Rosie estaba tan contenta porque iba a ser su dama de honor…

Ahora, cuando faltaba una semana para la boda, había vuelto a

escaparse.

Miranda se volvió hacia Nick y enterró la cara en su pecho.

—¿Qué hacemos?

—No lo sé. Quizá lo de tener que quedarse con Daisy mientras nosotros estamos de luna de miel le daba miedo.

—Pero ella adora a Daisy. Y pensé que se sentía segura con nosotros —lo interrumpió Manda, angustiada.

Habían tenido problemas antes, cuando fijaron una fecha para la boda. También entonces se había escapado, temiendo que dejasen de quererla cuando tuviesen hijos propios.

Pero cuando Nick le dijo que eso no iba a pasar, cuando le explicó que Miranda no podía tener hijos, Rosie pareció tranquilizarse.

—No te asustes, cariño. Siempre vuelve al mismo sitio, así que iremos a buscarla y hablaremos con ella… ¿Has oído eso?

—Sí, la puerta de atrás.

Encontraron a Rosie en la cocina, mirando en la nevera. Pero no estaba sola; había un niño con ella. Medio escondido bajo el plumón de Rosie intentó escapar al verlos, pero Nick lo retuvo.

Debía de tener unos cinco años y estaba flaco como un huso, pero tenía una cara tan bonita que derretiría el corazón de cualquiera.

—¿Quién es tu amigo, Rosie?

La niña cerró la puerta de la nevera y se volvió hacia ellos, con su típico gesto desafiante.

—Estaba comiendo de la basura detrás del supermercado. Lo vi el otro día y… me lo he traído a casa.

—Deberías habernos avisado.

—Es que pensaba que su madre iría a buscarlo. A veces se les va la cabeza, pero luego vuelven. Como hacía mi madre.

Hasta que dejó de hacerlo, pensó Miranda.

—Pero no ha ido a buscarlo —siguió Rosie—. Y he pensado que como no podéis tener niños, podría venir a vivir con nosotros. Yo necesito un hermano.

—¿Tiene nombre? —sonrió Nick.

—Michael.

—Rosie, tú sabes que no es tan fácil —suspiró Miranda—.

Tenemos que llamar a los Servicios Sociales y… a lo mejor Michael tiene una familia.

—Sí, la clase de familia que te deja en la calle. Yo tuve una como ésa.

—Aun así…

—Lo sé —dijo la niña, vencida—. Hay reglas y cosas. Pero tú lo puedes arreglar. Nick y tú podéis arreglarlo todo. Además, tú misma dijiste que era una pena que Jude no pudiera llevar los anillos en la boda.

—Sí, es verdad —Manda se volvió hacia el hombre que le había robado el corazón y con el que había formado una familia—. ¿Nick? ¿Se te ocurre cómo podemos arreglar esto?

—Yo siempre pienso mejor con un bocadillo de beicon en la mano —contestó él, mirando al niño—. ¿Te gustan los bocadillos de beicon, Michael?

Rosie, sin decir una palabra, se acercó a Manda para darle su mano.

Cinco días después, Miranda Grenville y Nick Jago se casaban en una antigua iglesia de Londres.

Era uno de esos días de junio en los que, incluso en Londres, los parques llenos de flores tenían la frescura de principios del verano. Un día perfecto.

Miranda salió de un Rolls Royce y tomó el brazo de su hermano, deteniéndose un momento mientras Belle y Daisy le arreglaban la cola del elegante vestido de color marfil, dándole tiempo a los *paparazzi* para hacer fotografías. Después de todo, aquélla era la boda del año.

Nada podía estar más alejado de las circunstancias en las que se habían conocido. Todo era limpio, fresco, perfecto.

Rosie, preciosa con su vestido de organza, estaba loca de alegría. Michael, que no soltaba su mano, guapísimo con una diminuta falda escocesa.

El plan había sido volver al riachuelo, pero tras la repentina aparición del niño decidieron dejar la luna de miel para más adelante.

—¿Estás lista? —sonrió Ivo.

Miranda respiró profundamente.

—No, espera. Quería decirte… gracias —no tuvo que explicar por qué. Los dos lo sabían—. Ahora estoy lista.

Rosie y Michael encabezaban la marcha, lanzando pétalos de rosa mientras sonaba la música del órgano y Manda se dirigía hacia el hombre de su vida.

No veía nada salvo a Nick esperándola en el altar, su sonrisa diciéndole que se sentía el hombre más afortunado del mundo.

Él, y el aroma de los lirios que decoraban el altar. Lirios de Cordillera.

—¿Has hecho que los trajeran desde allí? —le preguntó en voz baja mientras tomaba su mano.

—Nosotros no podíamos ir a Cordillera, así que he traído algo de la isla. Y esta noche haremos una hoguera con ellos que nos mantendrá unidos mientras vivamos.

Fin